This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

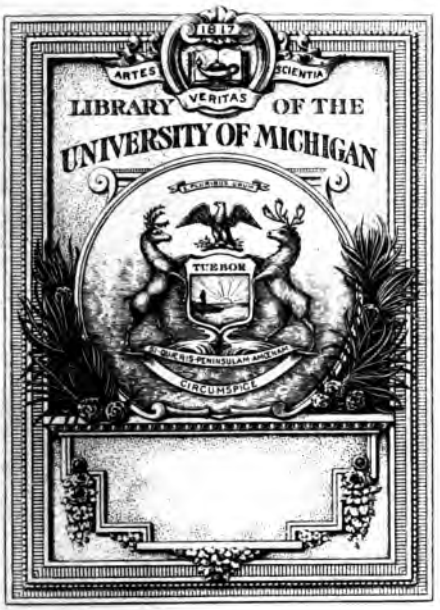
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

R726ar
A 465829



THE GIFT OF

Philip E. Bursley

El Arte de Hacer Fortuna

Tomás Rodríguez Rubí

EL ARTE DE HACER FORTUNA.

Comedia en cuatro actos

POR

D. Tomás Rodriguez Rubí.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Noviembre de 1845.

PERSONAS.		ACTORES.
LA BARONESA.	*Sras.*	*D.ª Teodora Lamadrid.*
SOFÍA.		*D.ª Plácida Tablares.*
DOÑA EUFEMIA.		*D.ª Gerónima Llorente.*
DON FACUNDO.	*Sres.*	*D. Julian Romea.*
DON ANGEL.		*D. Florencio Romea.*
EL MARQUES DE LA SALUD.		*D. Pedro N. de Sobrado.*
ROMAN.		*D. Luis Fabiani.*
UN CRIADO.		

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Al Sr. D. Julian Romea.

Tiempo hace, mi querido Julian, que deseo manifestar públicamente la mucha estimacion en que tengo tu elevado talento, y la afectuosa amistad con que siempre me has distinguido.

Si en mis primeras obras hubiera consignado como queria estos sentimientos, tal vez entonces se hubieran interpretado como producidos por una pasion mezquina, como una baja adulacion, ó súplica humilde dirigida por el naciente ingenio al esclarecido y poderoso artista.

Hoy que honradamente ocupamos cada uno nuestro lugar; hoy que á todos consta nuestro mútuo y desinteresado cariño, considero libre de interpretaciones esta espontánea manifestacion, con la cual quiero tributarte el homenage de mi admiracion y agradecimiento, y que en esta mas ó menos defectuosa produccion mia corran unidos nuestros nombres.

Ruégote que la aceptes con la misma buena voluntad con que sabes te la dedica tu leal amigo

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

868
R726cc

Felipe Escalín
3-2-61

Acto primero.

Salon en casa de la baronesa, elegante y ricamente amueblado: puerta en el fondo: otra á la izquierda del actor; á la derecha balcon y chimenea.

ESCENA PRIMERA.

ROMAN. DOÑA EUFEMIA, *saliendo de la habitacion de la izquierda.*

EUF. Para nadie está visible
la señora baronesa.
¿Entiende usted?
ROM. Entendí,
mi señora doña Eufemia.
EUF. Que no pase usted recado
de nadie.
ROM. A mi cargo queda...
EUF. Que no admita usted tampoco
ni memoriales, ni esquelas...
ROM. Ni esquelas ni memoriales.
EUF. Bien; cuidadito con ella:
que no tengamos despues
reconvenciones y gresca...
ROM. ¡No señora!... no habrá mas...
EUF. Es que es usted un babieca.
ROM. Si... gracias...
EUF. Para portero

de estrados, le faltan prendas,
requisitos...

ROM. Mi carácter...

EUF. Es necesario que sea
mas duro, mas inflexible;
de portero en fin.

ROM. Quisiera
poder dominarme siempre...

EUF. ¡Dominarse!... no se venga
ahora haciendo el mogigato.
Si usted quebranta las reglas,
si usted tiene para todo
el mundo abierta la puerta,
es porque le dan propinas...

ROM. ¡Hom!... ¡Calumnia como ella!
le aseguro á usted que...

EUF. Bien;
viva usted con gran cautela...

ROM. Sí... viviré...

EUF. La señora
gusta de que la obedezcan,
y á los que no...

ROM. ¡Por supuesto!

EUF. Por la puerta se va afuera.

ROM. Pues; ¡sí tal!... me enmendaré...
Seré desde hoy... una yena,
y á todo el que se presente
lo trataré á la baqueta.
No, que estaremos aqui
para sufrir peloteras...
Es cierto que hay ocasiones
en que uno, á no ser de piedra,
tiene que entrar un recado...
¡dicen que hay tanta miseria!...
y luego, como ya saben
que tiene la baronesa
tanto influjo y tanta mano
con el ministro... me asedian,
acuden los pobrecitos...

EUF. Pues cómo ha de ser, paciencia;
no podemos atender
á todo el que se presenta,

y la señora no quiere
que de hoy mas la comprometan...
bastante hemos hecho ya.

ROM. ¡Oh!... si...

EUF. Con que...

ROM. Doña Eufemia,
váyase usted descuidada,
que Roman aqui se queda...

EUF. Si viene el señor marques...

ROM. Si, ya entiendo; su escelencia
el ministro...

EUF. Usted ya sabe...

ROM. ¿No, que no? apenas le vea,
le pondré cara de perro
y le daré con la puerta...

EUF. ¡Estúpido!... no, al contrario...

ROM. Como usted...

EUF. No le detenga
ni un instante.

ROM. ¡Ah!... pues entonces...

EUF. Si comete una torpeza,
si no hace bien mis encargos,
sin darle á usted mas espera,
¡señor Roman!... le retiro
mi proteccion... ojo alerta.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

ROMAN, *siguiendo á doña Eufemia hasta que sale de la escena.*

Sí señora... velaré...
¡seré una grulla!... ¡friolera!...
Primero yo y siempre yo;
se concluyó la clemencia.
Pretendientes... ¿eh? ¿recados?...
les prometo... que se atrevan
á suplicarme otra vez...
verán qué despachaderas.
¡Pues!... y luego los porteros,
dirán por ahi malas lenguas

que son lo mismo que cafres...
pero señor, sino dejan
obrar á nuestro albedrío
¿qué hacer?... tapar las orejas,
que lo demas es quedarse
á la luna de Valencia.
Amigo Roman, desde hoy...

(*Aparece don Angel en la puerta del fondo, y pregunta á Roman con encogimiento.*)

ESCENA III.

DON ANGEL. ROMAN.

ANG. ¿La señora baronesa?
ROM. ¿Eh?... ¿qué es eso?
ANG. La señora...
ROM. Nada, nada; hoy no da audiencia.
ANG. Soy amigo de la casa,
y vengo...
ROM. Sea á lo que quiera:
lo dicho; yo no hablo en griego.
ANG. Pero... ruego á usted que advierta...
ROM. ¡Caballerito!
ANG. Sin duda,
usted de mí no se acuerda...
Sírvase usted anunciar
á don Angel de Vinuesa...
ROM. ¡Cómo anunciar!... yo no anuncio.
ANG. Me causa mucha estrañeza...
ROM. En buen hora.
ANG. En ese caso
le dejaré una tarjeta...
ROM. ¿Tarjetitas, eh?... tampoco...
¡guárdela usted!...
ANG. ¡Está buena!...
¿Por qué tan injustamente
me declara usted la guerra...
ROM. ¡Dale!... Señor: si no es eso:
yo cumplo al pie de la letra...
pues... mucho lo siento... mas...

tengo órdenes muy estrechas...
(*Mira á la puerta del fondo á tiempo que aparece en ella el marques, y se dirige precipitadamente á la de la izquierda y alza la colgadura.*)
(¡Vif!... ¡of!... ¡el señor ministro!)
Por aqui, pase vuecencia.—
(*Entran los dos.*)

ESCENA IV.

DON ANGEL.

¡Pues señor, estamos bien!
¿Qué nueva desdicha es esta?
Ella que conmigo ha estado
siempre tan fina y atenta;
que mil veces me ha ofrecido
su poderosa influencia,
¡hoy me arroja de su casa!...
¡maldita mi estrella sea!
Está visto; no podré
salir nunca de mi esfera...
luego dicen que en la corte
con proteccion, y aun sin ella,
habiendo teson, se alcanza
todo cuanto se desea.
¡Mentira!... pura mentira;
y sino, vamos á cuentas:
¿qué es lo que yo he conseguido?
nada, perder la paciencia
y mi escaso capital:
muchos cumplidos y ofertas,
y por último, un desaire
el mas atroz... ¡qué vergüenza!
Me voy, me voy; yo no sirvo
para esta odiosa tarea:
me iré á un pueblo y me pondré
hasta á maestro de escuela...
(*Sale por la puerta del fondo don Facundo, y pregunta con desenfado.*)

ESCENA V.

DON FACUNDO. DON ANGEL.

FAC. ¿La señora baronesa?
ANG. (Este es otro pretendiente...)
¡Calle!... ¿qué miro... ¡Torrente!
FAC. ¡Voto á los diablos!... ¡Vinuesa!...
(*Se abrazan.*)
ANG. ¿Tú en Madrid, Facundo?
FAC. Sí.
ANG. ¿Cuándo has llegado, gran loco,
á la corte?
FAC. Hace muy poco;
pero ¿tú, qué haces aqui?
ANG. ¡Ay, Facundo! ¿qué he de hacer?
¡pretender!...
FAC. ¡Bueno!
ANG. Esperar...
FAC. Muy malo...
ANG. Y desesperar,
y aburrirme, y perecer.
FAC. ¡Hombre!... me has dejado frio...
paréceme una quimera...
¿Tú, con talento y carrera...
ANG. Ahi verás, Facundo mio.
Eso aqui es lo mas vulgar...
pero ¿y tú? ¿qué vas á hacer?
FAC. ¿Yo?... lo mismo, pretender...
ANG. ¡Ay! ¡pues vuélvete á marchar!
FAC. ¡Qué disparate! bobada...
ANG. No desprecies mi consejo;
mira qne soy perro viejo...
FAC. Yo alcanzaré...
ANG. ¡Nada, nada!...
FAC. ¡Quita allá... por Belcebú!...
¿Crees que no me han de atender,
ó que voy á pretender
como lo habrás hecho tú?
Contorsiones, reverencias,
muy encogidas las alas,
viviendo en las antesalas

siempre en acecho de audiencias...
Esto mas que pretender
es confundirse en el lodo...

ANG. Pues, chico, no hay otro modo...

FAC. Por Dios, hombre, ¿no ha de haber?

ANG. Si aqui por mas que se asedia,
como son personas graves...

FAC. Vamos, vamos, tú no sabes
ni de la misa la media.

ANG. Pues dime tú otro mas bueno...

FAC. ¡Eh!... no se puede esplicar;
consiste en aprovechar
la ocasion sobre el terreno.
Inútil en esta villa
es, á mi modo de ver,
llevar para pretender
aprendida una cartilla.
Nada de plan anterior,
que siempre causa embarazo...
aqui te pillo, y te cazo,
y adelante con valor.
Yo cuento con osadía...
y en fin, chico, aunque te asombre,
yo he venido á *hacerme hombre*...
y me saldré con la mia.

ANG. Ya, ya;... ¡cuánto sinsabor
en breve conocerás!

FAC. Ninguno.

ANG. Ya lo verás.

FAC. Corriente.

ANG. ¿Tienes favor?

FAC. ¿Para qué lo he menester?

ANG. Traerás dinero.

FAC. ¿Yo?... ni esto:
ni tengo mas que lo puesto,
ni hoy sé dónde he de comer.

ANG. Hombre... conmigo...

FAC. No, no:
tu peculio está algo escaso,
y... pues; no estoy en el caso
de serte gravoso yo.
¡Vaya!... fuera cosa buena,

con mi genio y con mi pico,
habiendo aqui tanto rico
que tú pagaras la pena.

ANG. Pero eso ¿cómo ha de ser?
¿con qué cuentas?

FAC. ¿Yo? con nada;
por lo mismo, en la jugada
¿qué es lo que puedo perder?
Son ventajas de mi estado;
para pedir y alcanzar,
es indispensable estar
completamente arruinado.
Mas que yo no puede ser;
con que asi, ¿quién no conviene
con que en tal caso, el que tiene,
es el que debe perder?
Ademas, por sí ó por no,
don Alvaro de Cortazar,
el comendador de Alcázar,
una misiva me dió
para esta linda señora,
que segun tengo entendido
tiene aqui mucho partido
y el fac totum es ahora.
Ya ves que parapetado
con mi carta y mi esterior,
mi franqueza y buen humor...
vamos... negocio acabado.

ANG. ¡Infeliz!... ¡qué de ilusiones
alimentas!

FAC. Bien está.

ANG. Pasaron los tiempos ya
de las recomendaciones.

FAC. ¡Toma! y ¿quién dice que no?
¿me recomienda él aqui?
¡Va!... para hablar bien de mí
me basto y me sobró yo. —
No hay cosa mas mala ahora
que el «Recomiendo á Fulano,
tiéndale usted una mano
benéfica, protectora...
favorézcale en tal paso,

y atienda sus pretensiones...»
De estas recomendaciones
tan humildes, no hacen caso.
Vale mas, y es pues seguro,
para que cualquiera luzca,
que en ellas no se trasluzca
que hay miseria, que hay apuro.
«A don Fulano... Zurita,
mi amigo muy estimado,
que va á Madrid, le he rogado
que haga á usted una visita;
y con la atencion mayor
que la salude en mi nombre,
porque el tal Zurita es hombre
muy digno de tanto honor.
Etcétera.» Luego el tal
colocado asi de pronto
en camino, si no es tonto,
no puede pasarlo mal.
Y en cuanto á mí te diré
que me he educado en la playa...
pónganme donde lo haya,
que yo me las compondré.

ANG. Ni tu genio, ni Cortazar
lograreis nada, os lo juro:
cada oficina es un muro,
cada ministro un alcázar.
Y aunque dispuestos esten
todos ellos á escucharte
y á servirte y á obsequiarte,
¿sabes tú, Facundo, bien,
lo que cuesta de desmayos
vencer en lucha infernal
esa falange bestial
de porteros y lacayos?

FAC. Y ¿eso te causa pavor?
y ¿no te avergüenzas?... ¡Calla!
Yo aplicaré á esa canalla
el sistema del terror. —

ANG. No te sirve; mira, ahora
me acaba á mí de pasar
que no he podido lograr

que me anuncien...

FAC. Me encocora
el oirte abultar hoy
los obstáculos...

ANG. ¡No, no!

FAC. Ahora veremos, que yo
curado de espanto estoy.
¡A ver!... (*Gritando.*)

ANG. ¡Hombre!... ¡no seas vándalo!

FAC. (*Id.*) ¿No hay nadie á quien preguntar?

ANG. A palos nos van á echar...

FAC. (*Id.*) ¡Eh! ¡portero!...

ANG. (*Aterrado.*) ¡Ay Dios! ¡Qué escándalo!

FAC. ¿No responden? ¡voto á brios!...
(*Repara en el cordon de una campanilla, y tira de él gritando fuerte.*)
Aqui hay una campanilla.

ANG. ¡Vif!... ¡Oye!!

FAC. No seas polilla...
¡Há de casa!!

ANG. (*Marchándose precipitadamente.*)
A Dios, á Dios.

ESCENA VI.

DON FACUNDO ROMAN.

FAC. No, lo que es ya no me voy.

ROM. (*Saliendo.*)
Pero... ¡qué bulla! ¡Qué ruido...

FAC. (*Regañándole.*)
¿Adónde está usted metido?

ROM. ¡Me gusta! ¿que adónde estoy?

FAC. ¡Pues!... sí señor: retozando
con las doncellas ahora,
¿me tiene usted una hora
en esta sala esperando?

ROM. ¡Yo!...

FAC. Sí, cabal.

ROM. Mi divisa...

FAC. Es anunciar diligente
á don Facundo Torrente...

y pronto, que tengo prisa...

ROM. Pero... advierta usted, señor...

FAC. Vamos, no hay que ser pesado;
pase usted pronto el recado
ó me marcho... y es peor.

ROM. Usted hará lo que quiera...
es inútil...

FAC. ¡Animal!...
¿A un hombre tan principal
como yo, se le echa afuera?

ROM. ¡Caballero!... ¿habrá insolente!

FAC. Hago bien.

ROM. Pues no es razon...
¡Salga usted!

FAC. ¡Cómo!... ¡bribon!...
¿A don Facundo Torrente?!
Por no hacer un bruticidio...
pero yo le haré llevar
donde ya debiera estar.

ROM. ¡Cómo!... ¿á mí?... ¿dónde...

FAC. A un presidio.

ROM. ¡Escuche usted!... (¡Mala peste!...)

FAC. ¡No me insulte usted!...

ROM. ¡Yo?!... ¡voto...

ESCENA VII.

DOÑA EUFEMIA. DON FACUNDO. ROMAN.

EUF. (*Saliendo.*)
¡Jesus!... ¡Jesus!... ¿qué alboroto
tan endemoniado es este?

ROM. ¿Qué ha de ser?... Este señor,
que dice cada blasfemia...

FAC. (*Dirigiéndose á doña Eufemia con los brazos abiertos, y estrechándola en ellos.*)
¿Vif? ¡Señora doña Eufemia?!
está usted hecha una flor.

EUF. (*Luchando por desasirse.*)
¡Ay!... ¿qué es esto?... yo no sé...
¿quién es usted?...

FAC. ¡Yo? Facundo;

¡por vida de medio mundo!

EUF. Pero, Facundo... ¿de qué?

FAC. ¡Facundito!... ¡pesia á mí!
pero no me maravilla;
usted falta de Sevilla
hace algunos años...

EUF. Sí...

FAC. (Ya tengo un hilo... ¡valor!)
¡Oh! no es mi memoria escasa;
usted estuvo en la casa
del señor comendador...

EUF. Sí, cierto; pero ha corrido
de entonces tanto mi edad,
que es estraño, á la verdad,
que me haya reconocido...

FAC. ¡Cómo qué?... ¡Señora mia!
¿Qué es eso de edad?... ¡no es cosa!
y está usted como una rosa
en toda su lozanía...

EUF. ¡Jesus!... (*Remilgándose.*)

FAC. Ya ve usted, aqui
ignoraba yo que usted
se hallaba, y la recordé
desde el punto en que la vi.
Con que por nada del mundo
me llame usted lisonjero...

EUF. Le agradezco... caballero...
(¡Qué guapo es el don Facundo!)

FAC. (De lleno en el flaco he dado...
ya no hay que temer... ¡es mia!)
Pues señor, como decia,
hace poco que he llegado
y ya me parece un mes,
porque vengo muy de priesa;
ello es que á la baronesa
de asuntos de alto interes
tengo que hablar al momento,
porque urge al comendador...

EUF. ¿Sí?

FAC. ¡Vaya!... Pero al señor
me encontré en este aposento,
y con groseros modales

se negó... sin advertir
que puede sobrevenir
un cúmulo tal de males...

EUF. ¡Oh!

FAC. ¡Cabal!...

ROM. Yo...

EUF. ¡Calle usté!
todo lo ha de equivocar...

ROM. Como acaba de mandar...

EUF. ¡No tal!... lo que yo mandé,
tan solo aqui se entendia
con los pretendientes; pero
no le mandé ser grosero...

FAC. Eso es lo que yo decia...

ROM. Pero yo...

EUF. ¡Silencio!...

FAC. ¡Pues!

EUF. Perdone usted; esta gente
es tan incivil...

FAC. Corriente;
repréndale usted despues,
y duro en él: por ahora
convendrá...

EUF. Por de contado;
yo misma entraré el recado...

FAC. ¡Qué amable es usted, señora!

EUF. Mas la baronesa...
(*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)

FAC. ¿Qué?

EUF. Hablando viene hácia aqui
con el ministro...

FAC. (¿Qué oi?...
¡el ministro!...)

EUF. Le diré... (*Entrando.*)

ESCENA VIII.

DON FACUNDO. ROMAN.

(*Don Facundo se pasea: Roman, detras.*)

ROM. Caballero...

FAC. ¡Eh! (*Con aspereza.*)
ROM. Caballero...
FAC. Ya verá el señor portero...
ROM. Perdone usía... un descuido...
FAC. ¡Va!...
ROM. Escúcheme por piedad...
mire usía que lo pido
con mucha necesidad.
FAC. Ya sabrá usted quién soy yo.
ROM. Si no lo dudo... ¡pues no!
pero usía dé al olvido
la pasada tempestad...
FAC. ¡Nunca!...
ROM. ¡Señor!... ¡que lo pido
con mucha necesidad!
FAC. Ya verá usted...
ROM. ¡Ay de mí!
si llego á salir de aqui...
¡Oh!... yo confieso que ha sido
una atroz barbaridad...
¡pero, calle!... ¡se lo pido
con mucha necesidad!
FAC. Cuidado para otra vez...
ROM. Usía descanse en mí...
FAC. Corriente: ¡largo de aqui!
ROM. Mil gracias...
FAC. ¡Vivo!...

ESCENA IX.

FACUNDO.

¡Pardiez!...
¡Ja! ¡ja! ¡ja! No hay que dudar:
si lo dije; este es el modo:
cuando está perdido todo,
no hay mas que echarse á nadar.
Usía y todo me dió
el tunante... y si le apuro,
me da escelencia... ¡seguro!
¡Tanto el miedo le acosó!
Vamos á ver, compostura...

no perdamos un instante,
que pronto estaré delante
de esa influyente hermosura.
(*Se coloca delante de un espejo y se arregla el trage.*)
Bien, no me parezco mal:
la corbata asi... al desgaire,
me da... no sé, cierto aire
como de hombre de caudal.
Perfectamente; la espero:
si trueno, ¿qué se me da?
por mas tronado... aqui está.

ESCENA X.

LA BARONESA. DON FACUNDO. EL MARQUES. DOÑA EUFEMIA.

EUF. Señora, este caballero...
(*Señala á don Facundo, y se retira por el fondo.*)
FAC. A los pies de usted, señora.
BAR. Beso á usted la mano...
MAR. (*Bajo á la baronesa.*) Este ente,
¿quién es?
BAR. (*Idem.*) Algun pretendiente...
¿En qué puedo por ahora...
FAC. A fin de desvanecer
cualquier duda, me interesa
que sepa usted, baronesa,
que no vengo á pretender.
BAR. Yo no he dicho...
FAC. Ciertamente:
usted no me ha dicho nada;
mas... como se ve acosada
de importunos diariamente,
nada de estraño tuviera,
aunque poco duraria...
que al verme, señora mia,
entre ellos me confundiera.
BAR. No haré tal... sirvase usté...
(*Le ofrece un asiento en el divan, cuyos estremos ocupan él y la baronesa. El marques al lado de esta permanece en pie.*)
FAC. Procedente de Sevilla,

á esta heróica y noble villa
hace poco que llegué.
Al partir se me acercó
mi íntimo amigo Cortazar,
el comendador de Alcázar,
y con la mision me honró...

BAR. De don Alvaro... (*Al marques.*)

FAC. Cabal:
de saludarla en su nombre
á mi llegada...

BAR. ¡Qué hombre!

FAC. (*Saca un billete de la cartera y se lo entrega*
Siendo esta la credencial.

BAR. Perdóneme usted... (*Abriendo la esquela.*)

FAC. Señora...

MAR. ¿Qué tal el comendador,
está bueno?

FAC. No señor;
está achacosillo ahora.

MAR. ¿Qué padece?

FAC. Convulsiones:
el pobre va siendo anciano...
conmigo todo el verano
lo pasó en mis posesiones,
y á fuerza de buen gobierno
y de mucha exactitud,
le hemos buscado salud
para que pase el invierno.

BAR. El comendador aqui
dice de usted cuanto es dable...

FAC. Es Alvaro muy amable
é indulgente para mí.

BAR. Quedo á usted reconocida,
y la fortuna bendigo
que nuevas trae de un amigo
que lo es de toda la vida.

FAC. Y yo el parabien me doy
de ocasion tan venturosa
que me trae junto á la hermosa
de las hermosas de hoy.

BAR. Pase por galantería...

FAC. Yo juzgo que es un deber...

BAR. Y ¿va usté á permanecer
mucho en Madrid?
FAC. Bien querria;
mas... me hace dejar mi tierra
el estado del pais...
BAR. ¿Y adónde va usté?
FAC. A París:
y de París á Inglaterra.
Voluntariamente emigro,
porque está España, señora...
BAR. ¡Emigrar!... ¿y por qué? ahora
no ofrece ningun peligro...
FAC. Como ustedes el gobierno
tienen aqui... claro está;
¿pero en las provincias?... ¡ya!
ya tenemos buen infierno.
MAR. (¡Hola!)
FAC. Con tantos partidos,
y tanta maledicencia...
¡Oh!... los hombres de influencia
estamos comprometidos.
MAR. (*Toma una silla y se sienta al lado de la baronesa.*) ¿Qué dice usted!...
FAC. Hay razones
para temer un turbion,
porque la revolucion...
se acercan las elecciones...
MAR. Pregúntele usted... (*Bajo á la baronesa.*)
BAR. El mal
siempre de lejos se aumenta...
¿Qué tal allá se presenta
la batalla electoral?
FAC. Hay mucha fermentacion...
yo abandono los partidos,
por lo que, los elegidos
serán de la oposicion.
MAR. ¡De la oposicion!
FAC. Sin duda;
porque el gobierno, señora,
carece allá... y como ahora
le falta tambien mi ayuda...
se harán del campo señores

los contrarios, no hay dudar...

MAR. ¿Pero usted puede contar...

FAC. Con mas de mil electores.

MAR. ¡Hombre!... pues es menester
no perder asi el terreno,
y fuera mengua...

FAC. Muy bueno...

MAR. (*A la baronesa.*)
(Convídelo usté á comer.)

FAC. Pero eso allá á los novicios:
yo estoy muy escarmentado,
y mas que todo, cansado
de hacer tantos sacrificios.
Como hombre de orden que soy,
á aquel que el poder ejerza
con placer toda la fuerza
que puedo darle, le doy.
Es principio sempiterno
que con firmeza he seguido,
sin que haya jamas tenido
de ello noticia el gobierno.
¿Y bien? de tantos afanes
¿qué utilidad he sacado?
estar siempre amenazado
de políticos desmanes:
amenguar mi patrimonio;
siempre de aqui para alli,
y armar en torno de mi
una gresca del demonio.
No es esto decir que yo
me queje porque el poder
no haya querido tener
presente mis hechos, ¡no!
Mas los gobiernos, ingratos
han sido siempre y serán,
y no valen tanto afan,
tanto apuro y malos ratos.

BAR. Perdone usted que primero
un error que he cometido
corrija...

FAC. ¿Cuál?

BAR. Yo he debido

á este ilustre caballero
presentarle; es el marques
de la Salud...

FAC. ¡Qué!... señora...
de la Salud... ¿el que ahora
dirige la nave...

MAR. Pues.

FAC. ¡Oh!... lo tengo á mucho honor,
y me juzgo afortunado,
habiéndome aqui encontrado
con joya de tal valor.

MAR. Puede ser que usted le dé
mayor precio...

FAC. Tal no piense:
ruego á usted que me dispense
si me escedí en lo que hablé.

MAR. Nada de eso, ¡no! adelante:
usted funda su opinion
con mas ó menos razon,
y yo soy muy tolerante.
Pero si usted por acá
algun tiempo permanece,
esa opinion... me parece
que en algo reformará.

FAC. Tal vez... Se ha visto de todo...
y es tan libre mi albedrío
en esto, que si varío
lo diré del mismo modo.
En tanto á permanecer
me decido en la inaccion,
para juzgar sin pasion...

MAR. Convídelo usté á comer. (*A la baronesa bajo.*)

BAR. Yo espero que asi será;
y para que pronto pueda
juzgar de lo que suceda,
creo que usted se servirá,
si el honrarme tiene á bien,
de acompañarme á la mesa...

FAC. ¿Hoy, señora baronesa?

BAR. Hoy, sí; y el marques tambien...

MAR. Con mucho gusto, aceptamos.

FAC. ¿Hoy ha de ser?...

BAR. ¡Oh! preciso...
FAC. No sé si algun compromiso...
esta memoria... veamos.
(*Saca un libro de memorias y dice ojeándolo.*)
«Domingo, con el maestrante...
el duque... el embajador...
¿hoy es jueves?...
BAR. Sí señor.
FAC. ¡Qué casualidad!... vacante.
No tengo donde comer
jueves, dia de la fecha.
BAR. Entonces...
FAC. Es cosa hecha,
y en ello tengo un placer...
BAR. Convenidos: aun no es hora,
y antes de ella aqui solemos
dar una vuelta...
FAC. ¡Daremos!
BAR. Por el jardin.
FAC. Bien, señora.
BAR. Pues vámonos hácia allá,
que el dia está delicioso.
FAC. Para mí es el mas hermoso
que he gozado por acá.
Mas ruego á usted que primero
me permita...
BAR. ¡Qué! ¿á salir
va usted?
FAC. Quisiera escribir
dos letras á mi banquero...
BAR. ¡Ah!... eso bien: allí hay recado;
y por si ese no le agrada,
en mi gabinete...
FAC. ¡Nada!...
con ese estoy muy honrado.
BAR. Entonces, hasta despues.
MAR. Haga usted por despachar...
FAC. Sí, sí: no me haré esperar...
¿Baronesa? A Dios, marques.

ESCENA XI.

DON FACUNDO.

Esto va bien... pero ¡ cómo !...
fortuna en brazos me lleva...
¿hay alguno que se atreva
á mentir con mas aplomo?
Y en tanto habrá mil pobretes
que no harán lo que Facundo...
¡Va !... si todo es en el mundo
un juego de cubiletes.
En moviéndolos tal cual
y echándose por enmedio
se encuentra, no hay mas remedio,
la piedra filosofal.
Si yo me presento aqui,
pensando sacar partido,
muy humilde y compungido...
¿qué hubiera sido de mí?
¡ Pues ! fuera la suerte mia,
la de todo pretendiente.
«Bien, bien... la frase corriente,
y vuelva usted otro dia.»
¡Nada !... audacia en este infierno:
adelante, don Facundo;
proteccion á todo el mundo,
proteccion hasta el gobierno.
No saldrá mi intencion vana:
tocaré mil y un registro...
hoy cómo con el ministro...
con él viviré mañana.
Y pues que es una verdad
que tengo influjo y que valgo,
es muy justo hagamos algo
en pró de la humanidad.
Voy á escribir á ese chico:
de puro recto, perece,
y por recto, me parece
que no llegará á ser rico.
Pero pungámoslo en danza,
y si se deja llevar,

en breve le haré trocar
en realidad su esperanza,
(*Escribe.*)
«Es preciso que esta tarde
vengas, porque te interesa,
á ver á la baronesa
y al ministro. — Dios te guarde.»
Él y yo, por vida mia,
hemos de hacer gran papel.
(*Aparece en la puerta del fondo don Angel.*)
¿Quién viene?... ¡Soberbio!... ¡es él!...

ESCENA XII.

DON FACUNDO. DON ANGEL.

ANG. ¡Facundo!... ¿aqui todavía?
FAC. Aqui, sí señor; ¿y qué?
ANG. Permíteme que me asombre...
FAC. Yo he venido á hacerme hombre...
te lo he dicho.
ANG. Ya se ve...
FAC. Y yo cumplo lo que digo.
ANG. Mas como del dicho al hecho
suele haber bastante trecho...
FAC. Eso no reza conmigo.
Aqui no hay trecho que valga:
yo la ciencia de vivir
la tengo, y he de salir
por donde ninguno salga.
ANG. ¡Estoy atónito!...
FAC. Bien:
verás cómo no te pesa...
ANG. Y ¿hablaste á la baronesa?...
FAC. Sí; y al ministro tambien.
ANG. Pero... ¿cómo has conseguido?...
y ¿aquel alboroto...
FAC. ¡Nada!...
Chico, aqui el que mas agrada
es aquel que hace mas ruido.
Ya lo viste, alboroté,
salieron, me preguntaron,

contesté, me replicaron,
hablé gordo, y dominé.
Tengo en la mano la escota...
por eso te habia escrito
esta esquela...

ANG. ¡A mí!... maldito
si de esto entiendo una jota.

FAC. Vemos á ver: ¿una vara
te vendrá bien, Angelillo?
¿lo piensas? ¡ah, picarillo!...
¿una toga, eh? ¡cosa es clara!

ANG. ¡Hom!

FAC. ¿Qué dices? ¿aun es poco?
¿aspiras á una regencia?
vamos, señala la audiencia...

ANG. ¡Pobre Facundo!... ¡está loco!

FAC. Mejor te quisiera dar
alguna que otra prebenda
de esas tan cucas, de hacienda...

ANG. Lo dije... ¡loco de atar!

FAC. Pero eso, chico, ha de ser
á tu gusto...

ANG. ¡Va!... ¡qué bromas!...
Facundo, ¿por quién me tomas?

FAC. ¿Cómo qué! tú lo has de ver.
Ignoras lo que este dia...

ESCENA XIII.

DON FACUNDO. DON ANGEL. ROMAN.

ROM. Esperan para la mesa
la señora baronesa
y el señor marques, á usía.

ANG. ¡Usía!

FAC. (¡Calla!) Allá voy.

ANG. ¡Ah! ¿no es ese aquel portero?...

FAC. ¡Pues!... ese es tu cancerbero;
verás qué trato le doy.
¿Qué hace usted ahí? (*Alto.*)

ROM. (*Con aturdimiento.*) ¿Yo?... creía...

FAC. ¿Que allá voy, no dije?

ROM. Sí...
FAC. Pues bueno, largo de aqui...
ROM. Sí señor... perdone usia... (*Vase.*)
ANG. Esplícame qué virtud...
FAC. ¡No!... el dejarte me interesa...
me aguardan la baronesa
y el marques de la Salud.
¡Todo un ministro!... ya ves...
ANG. Mas antes que espliques quiero...
FAC. ¡No!... comer es lo primero;
ven á buscarme despues.
ANG. Pero aqui para los dos...
FAC. ¡Nada!... que el hambre me asedia.
ANG. ¡Una palabra!...
FAC. ¡Ni media!...
ANG. ¡Pero, chico!...
FAC. ¡A Dios, á Dios!
(*Se desprende de los brazos de don Angel, y se dirige precipitadamente hácia la puerta del fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA EUFEMIA. ROMAN.

(*Roman va y viene en distintas direcciones segun lo indica el diálogo.*)

EUF. Vamos, esa chimenea
está apagada: un buen tronco
ponga usted, que está esta sala
como una nevera; pronto:
cierre usted esos balcones;
que traiga luces Antonio;
sirva usted aqui el café;
que enganche Pedro los tordos,
que la señora va al Circo...
¿qué hace usted?

ROM. ¿Yo? nada, corro...

EUF. ¡Ya!... correr, y no hacer nada:
si es usted de lo mas topo...

ROM. ¡Mi señora doña Eufemia!

EUF. ¿Qué es eso? ¿me habla usted gordo?

ROM. Quisiera hablarle mas flaco;
pero al Todopoderoso
le plugo ponerme asi...
ya ve usted, de tomo y lomo...

EUF. Sí, sí; con esas bromitas
que usa usted tan á propósito

me desarma usted...

ROM. Señora...

EUF. Mas lo cierto es que no logro
que salga usted de su paso,
aunque grito y alboroto...
pasando estoy con usted
las penas del purgatorio.

ROM. ¡Ah!... ¡yo las paso mayores!...
es verdad que me atolondro...
pero no consiste en eso,
el genio de usté es un fósforo...

EUF. ¡Señor Roman!

ROM. Una pólvora...

EUF. ¡Ay!... Sí, y el de usted un plomo.

ROM. Como nunca manda usted
una cosa, si no ocho,
y todo á la vez, y al punto...
yo no sé que haya un católico
que pueda distribuirse...

EUF. Hablará usted por los codos,
hará usted que me sofoque...

ROM. No señora; callo y obro.
(*Hace lo que indican los siguientes versos.*)
El tronco á la chimenea:
cierro el balcon: luz, Antonio:
ahora voy por el café...
diga usted que no me porto...
¡ah!... que falta todavia...
(*Saliendo por la puerta del fondo.*)
¡Muchacho! engancha esos potros.

(*Sale un criado con luces, y las coloca sobre una mesa.*)

ESCENA II.

DOÑA EUFEMIA.

Al fin el pobre Roman
lo hace todo de cabeza:
yo le trato con dureza...
pero si es un ganapan.
Su pesadez me encocora,
y su lengua bachillera...

si como yo conociera
el genio de la señora...
Y á fé que su señoría
muy fina en la mesa ha estado
con nuestro recien llegado
de la bella Andalucía...
No suelo engañarme yo...
¡Hun!... Si tendremos aqui...
¡Oh! yo no digo que sí;
pero no digo que nó.
Porque se ven en el mundo
de estos lances cada dia...
y, señor, la simpatía
que inspira ese don Facundo
es su disculpa mayor...
Mi memoria es tan escasa...
dice que me vió en la casa
del señor comendador...
Pues ya hay fecha desde allá...
pero ¿á qué pongo reparo?
cuando él lo dice... está claro,
de sobra que lo sabrá.
Y yo anciana me creía,
y al verme dijo... no es cosa,
que estaba como una rosa
en toda su lozanía...
Esto no es adulacion;
á mí ¿á qué? tal no he pensado...
y, vamos, no me ha tratado
con mucha exageracion.
Es cierto que estoy aqui
con el tiempo en fiera lucha...
pero aunque su fuerza es mucha
sospecho que le vencí.
Estoy agil... ya se ve;
y aunque me digan que no,
mejor que nadie sé yo
que á lo mas... me estacioné.
Vamos á ver si Roman
con su calma perdurable...

ESCENA III.

LA BARONESA. DOÑA EUFEMIA.

BAR. (¡Es el hombre mas amable
que he tratado, y mas galan!...)
EUF. ¿La mesa ya deja usía?
BAR. Sí; la hora de la funcion
se aproxima, y es razon...
¿Aun no ha venido Sofía?
EUF. Tal no debe preguntar;
porque si hubiera llegado,
le hubiera al punto avisado;
pero no puede tardar...
BAR. Tienes razon, aya mia;
perdóname, porque estoy...
EUF. ¡Ah! Sí... ya sabemos que hoy
no lo pasa bien usía...
BAR. ¡Cómo!...
EUF. Nada, es muy sencillo:
ya lo dije y lo sostengo...
No olvide usía que tengo
muy retorcido el colmillo.
BAR. ¡Eufemia!
EUF. No hay que gritar,
ni en confesarlo vacile:
á mí, su corre... vé y dile,
¡pretende usía engañar!
BAR. Pues te aseguro que yo...
no sé cómo has sorprendido...
por ventura ¿he cometido
alguna imprudencia?...
EUF. No,
eso no; cierto interes
desconocido en usía,
que yo acá me traducia...
BAR. ¿Y habrá notado el marques...
EUF. El marques... Va... ¡qué aprensiones!
¿Qué ha de notar? no señora;
Si el marques no piensa ahora
mas que en hablar de elecciones,
mantenerse en el gobierno

firme, por siempre jamas,
es el todo; lo demas
para él es muy subalterno.
Es verdad que los amores
del marques son pura prosa...
hoy no ha hablado de otra cosa
que de votos y electores...
Exactamente; eso es;
por tanto digo, y me fundo,
que el astro de don Facundo
ha eclipsado al del marques.
Mas bajo...
¿Verdad que sí?
¿Para qué lo he de negar?
tú siempre has de adivinar
cuanto hay de secreto en mí.
Eso prueba el mucho esmero...
O la poca precaucion
que tiene mi corazon...
En fin, que lo sepas quiero.
Yo no puedo dedicar
mi atencion y mi cuidado
á un hombre de bajo estado
ó de talento vulgar.
¿Qué quieres? Será manía;
pero inteligencia exijo
para todo... no transijo
jamas con la medianía.
Por eso llegué á escuchar
sin desdeñoso interes
los amores del marques;
porque al mirarle escalar
el mando con fé y ardor,
allá á mi solas creía
que el señor marques sería
siempre un hombre superior.
La pompa, el brillo, el poder,
la ostentacion, embriagan...
y como á todos, halagan
por demas á la muger.
Es bello al objeto amado
ver en la corte lucir,

y oir á todos decir...
«ahi va el gefe del Estado:
el hombre puro, elocuente...»
Y al verle todos pasar,
todos hacerle lugar
doblando humildes la frente.
Y aun mas bello decir... ¡oh!...
ese á quien todo se inclina;
ese que á todos domina...
lo tengo á mis plantas yo.

EUF. Muy bien, bravo: no, ninguna
objecion tengo que hacer:
eso se llama tener
orgullo de buena cuna.

BAR. Todo esto soñé y creí;
mas... sombras tan seductoras,
hoy, Eufemia, en pocas horas
desvanecidas las vi.
¡Si supieras lo pequeño
que me ha parecido al lado
del jóven recien llegado
el que aspira á ser mi dueño!...
De mesa y de sobremesa
no ha cesado dos instantes,
elecciones y votantes,
y vuelta á la misma empresa.
Y á informarse, y á brindar
de un modo torpe y directo
con su proteccion y afecto,
y por último... ¡á rogar!...
Mientras que el otro le oía
con apático interes,
y á él antes, y á mí despues,
mirándonos, sonreía...
Como quien dice: «hé aqui ahora
al hombre privilegiado...
hombre que tanto ha bajado,
no es digno de tí, señora.»
Y exactas son sus razones,
y tanto en ellas convengo...
que aqui me tienes, que vengo
perdidas mis ilusiones.

EUF. Muy bueno: si por un lado
las ilusiones se han ido,
otras por otro han venido,
y en el cambio hemos ganado.
Noble, rica, jóven, viuda,
no debe usía en razon
dar tortura al corazon
por ningun... ¿pues quién lo duda?

BAR. ¡Silencio!... que ahora sería
el romper una imprudencia...
(*Ruido de un carruage.*)

EUF. La hermana de su escelencia,
la señorita Sofía.
Que no se vaya á la mano
con ella, porque es muger,
y pudiera sorprender
como yo... y luego á su hermano...

BAR. ¡Oh!... estaré muy sobre mí,
y no dará con las huellas...
A mi cuarto mis doncellas,
y que me esperen allí.

EUF. (*Dirigiéndose al fondo.*)
Se hará lo que manda usía
sin mas forma de proceso.

(*Sale Sofía manifestando el aturdimiento de su carácter. contesta ligeramente á la profunda reverencia que le hace doña Eufemia, y esta se retira.*)

ESCENA IV.

LA BARONESA. SOFÍA.

SOF. A Dios, aya. ¿Cómo es eso?
¿Te encuentro asi todavía?

BAR. ¿Qué importa, si aun es temprano?...

SOF. Importa, querida, importa;
porque es la noche tan corta...
¿Ha comido aqui mi hermano?

BAR. Ciertamente; y aun está
en la mesa...

SOF. Es mucha cruz...

BAR. Con un jóven andaluz,

que acaso te agradará.

SOF. ¿Un jóven del mediodia?
No salen malos flecheros;
pero son tan embusteros...
querida del alma mia...
(*Se asoma á un espejo.*)
¡Oh! ¡qué prendido! ¡qué mal
mis doncellas se han portado!
parece que me han tocado
mis enemigas...

BAR. ¡No tal!

SOF. Y eso que una vez y mil
las dije que se esmeraran,
y que por tipo tomaran
á *Adriana de Cardoville.*

BAR. ¿La has tomado por modelo?

SOF. Y ¿quién no toma al instante
por modelo á esa elegante,
de las elegantes cielo?
Por ventura has visto tú
una cosa mas bonita
que esa belleza descrita
por el gran *Eugenio Sue.*

BAR. Es de lo mas ideal
que yo he encontrado en poesía;
pero no olvides, Sofía,
que tuvo un fin...

SOF. ¡Oh! ¡fatal!
Mas no es facil que la calma
llegue yo á perder asi...—
No, no vendrá por aqui
ningun hermano de *Djalma.*

BAR. ¿Quién sabe?

SOF. ¿Quién sabe... pero
vivimos entre mortales
tan poco espirituales,
que, á la verdad, no lo espero.

BAR. ¡Oh! pues bastantes se agitan
en deredor de tu trono...

SOF. Sí; pero no me apasiono
por mas que zumban y gritan.
¡Qué horror! ¡Cuánto prosaismo!

¡cuánta frase admirarada!
¡cuánta lisonja estudiada!...
y todos ellos... ¡lo mismo!
Pero, ¡por Dios! baronesa,
¿nos vamos á estar aqui
toda la noche?

BAR. Sí, sí;
voy al punto...

SOF. Date priesa.

BAR. Vamos pues; ¡Jesus! ¿qué afan!...

SOF. ¡Va! ¿de qué te maravillas?

BAR. Tus víctimas...

SOF. ¡Pobrecillas!
ya impacientes estarán...

BAR. Pues no escitemos su enojo:
ven...

SOF. Sí... ¡Ja!... ¡ja!... por mi fé...
pronto las contentaré.

BAR. Tú; ¿con qué?

SOF. Con mi anteojo.

(*Vanse por la puerta de la izquierda: salen por la del fondo don Facundo, apoyado familiarmente en el brazo del marques; toman asiento cerca de la chimenea; Roman les sirve el café, y se retira.*)

ESCENA V.

DON FACUNDO. EL MARQUES.

FAC. Y en fin, la revolucion,
tenga usted por cosa cierta,
que está llamando á la puerta;
y se entrará de rondon,
si ustedes por cualquier via,
pero de un modo seguro,
en el congreso futuro
no cuentan con mayoría.

MAR. Estamos de acuerdo; ¡pues!...
si ganan las elecciones,
se irá en interpelaciones
el tiempo...

FAC. ¡Justo!... y despues
el gabinete vendrá
abajo, y con él unidas
las doctrinas difundidas
para el bien... ¡pues ahi está!
que no es esta una cuestion
de personas H ó B.
Sino de doctrinas que
de mucha importancia son.
¿De personas? ¡no!... no es esto:
¿quién no haria en beneficio
del pais, el sacrificio
de dejar libre su puesto?
¡Todos! Mas los que se sientan
hoy del poder en la cumbre,
por principios, por costumbre,
paz, justicia representan,
y son todos ademas
modelos de patriotismo...
¿Se podrá esperar lo mismo
de los que vengan detras?
Yo pongo en la llaga el dedo;
y ustedes, segun mi alcance,
hoy deben á todo trance
sostenerse; ¡fuera el miedo!
A ustedes de cualquier modo
el pais ha menester:
pues firmes en el poder...
el pais antes que todo.

MAR. De acuerdo estamos...

FAC. ¿Pues no?

MAR. Y en cuanto á que al gabinete
se mantenga y se respete,
opina usted como yo.

FAC. Si no queda otro registro,
señor... ¿á qué es molestarse?
¡Marques!... hay que resignarse
por ahora á ser ministro.

MAR. Justamente; no hay remedio:
lo mismo que yo decía;
pero... y si la mayoría
no corresponde... ¿qué medio?...

FAC. Cierto... no es grano de anis...
MAR. (*Acercando su sillon al de don Facundo.*)
Ya que usted el bien desea...
que esta entrevista no sea
estéril para el pais.
FAC. Por mi parte poco puedo
en obsequio suyo hacer:
he dicho mi parecer...
á usted toca...
MAR. No concedo.
Usted, amigo Torrente,
ha visto desque ha llegado,
que sin mas ha congeniado
conmigo inmediatamente.
Luego, usted ha entrado aqui
del comendador en nombre,
y el comendador es hombre
de gran precio para mí.
Con que está justificado,
de modo que á todos llene,
que nada de estraño tiene
que hayamos fraternizado.
FAC. Gracias le doy á mi estrella,
siempre amiga y tutelar,
porque hoy me ha querido honrar
con una amistad tan bella.
MAR. Es muy justo, sí señor,
que yo mi amistad emplee
en quien, como usted, posee
un talento superior.
FAC. Pero... ¡marques!...
MAR. No es fineza
de corte: no sé adular...
por tanto, vamos á hablar
con la mas ámplia franqueza.
Rectificado su error,
usted cree quo hoy el poder
lo debemos sostener
con firmeza...
FAC. Sí señor.
Antes no, pero ahora miro
la cuestion por otro lado:

usted se esplicó, y he dado
á mí opinion otro giro.
Y confieso que venia
con ciertas preocupaciones...
mas, con sus esplicaciones
¿quién la duda sostendria?
Yo como hombre independiente
por la verdad me decido;
á no haberme convencido
se lo dijera... es corriente.
¡Oh! si todos su opinion
rehicieran cual yo la mia...
¡mas venturosa seria
esta bella y gran nacion!

MAR. Pues bueno, aun á tiempo estamos;
si con paso diligente
salimos y hacemos frente
á esos desastres...

FAC. Veamos.

MAR. Yo estoy de esperanza lleno:
¿usted presume que allá
la oposicion ganará
velis nolis el terreno?

FAC. Sí señor, de positivo;
son ustedes indolentes,
porque carecen de agentes
de genio sagaz, activo,
que comprometan allí,
busquen, junten, hagan glosas...
en fin, marques, esas cosas
que se hacen siempre...

MAR. Sí, sí.

FAC. ¡Oh! ¡si ahora yo me encontrara,
rectificado mi juicio,
en medio de aquel bullicio!...
otro gallo les cantara.
¡Cómo ha de ser! mi partida
el triunfo les asegura...

MAR. ¡El triunfo!

FAC. Se me figura
que es la cosa mas perdida...

MAR. ¿De vencer no habrá manera

á los que el reducto asaltan?
Si aquellos votos nos faltan,
no hay mayoría...

FAC. ¿De veras?

MAR. Con todo mi coraron
y en puridad lo confieso...
mas... no desmayo por eso:
vaya una suposicion.
Si usted se encontrara allí,
tal como aquello está hoy dia,
¿cree usted que conseguiría
ganar la eleccion?

FAC. ¡Oh!... Sí.

MAR. Pues señor, actividad:
es fuerza, sin remision,
que lo que es suposicion
se convierta en realidad.

FAC. No alcanzo... me maravilla...

MAR. Que es fuerza que á toda costa,
esta noche por la posta
salga usted para Sevilla.

FAC. ¡Yo!

MAR. Pues; el único modo
que hay posible, no se asombre:
usted solo aqui es el hombre
que puede hacer frente á todo.

FAC. Pero...

MAR. Por fé, por creencia
está usted comprometido;
y el tomar este partido
es un deber de conciencia.
Aun es tiempo, y por un tris
se puede echar á perder...
¿Se negará usted á hacer
tal servicio á su pais?

FAC. No hay para mí sacrificios
en cuanto á su bien conduce;
pero... este azar me produce
incalculables perjuicios.
Cansado de tanto embate,
tranquilo me retiraba,
y ya me consideraba

como fuera de combate.
Por otra parte, marques...
yo tengo ya preparado
mi viaje á Francia, y girado...

MAR. ¡Eh! todo es cosa de un mes.
¿Qué importa á usted atrasar
su partida mas ó menos?
Todos los tiempos son buenos
para ir á Francia y gozar.
A usted tan independiente,
¿qué mas da desde esta villa
ir á Francia, ó á Sevilla?...
A mas, querido Torrente,
que un trabajo de tal monta,
comision tan delicada
le será remunerada
de la manera mas pronta...

FAC. ¡Señor marques!... ¡tal ofensa...
¿cree usted que si voy allá,
que si trabajo, será
pensando en la recompensa?

MAR. ¡Oh!... ¡no!... mi intencion no fue...

FAC. Tengo en mucho á mi opinion,
y si acepto tal mision,
de balde trabajaré.

MAR. Que me haga el placer espero
de dar tal cosa al olvido;
yo siempre á usted lo he tenido
por noble, por caballero...

FAC. Yo soy en estas materias
delicado...

MAR. ¡Don Facundo!

FAC. Y no quiero que del mundo
me salpiquen las miserias.

MAR. No hablemos mas: penetrado
estoy de todo, y protesto...
Con que, Torrente, ¿no es esto?
queda mi plan aceptado.

FAC. Tiene usted una manera
de obligar...

MAR. Es espinosa
la comision, y no es cosa

de confiarla á un cualquiera;
con un paso que se dé
en vago... ¡á Dios la balanza!
y el plan, y la esperanza...

FAC. Pues señor, corriente: iré.

MAR. Bien, amigo.

FAC. Iré, y espero
salvar todos los barrancos...
pero, marques, seamos francos
y espliquémonos primero.
El negocio es muy sencillo;
nada exijo para mí...
mas no quiero hacer aqui
lo que el sastre del campillo.
Ese tiempo ya pasó;
y no es justo ni acertado,
que por servir al Estado
derroche mis fondos yo.
Para que allá no se tuerza
este negocio y triunfar,
sin duda habrá que emplear
argumentos de gran fuerza.
Y usted que conoce este arte
no ha menester que le prueben,
que sin esto... no se mueven
allí ni en ninguna parte.
Con que vuelvo á mi estribillo;
nada exijo para mí;
mas no quiero hacer aqui
lo que el sastre del campillo.

MAR. Y ¿usted duda... ¡nimiedades!
Yo un crédito le abriré
en Sevilla, y le daré
omnímodas facultades.
¡Pues es claro! á la palestra
saldrá usted, dejando absorta
á la gente: lo que importa
es salirnos con la nuestra.

FAC. En ese caso, adelante,
y cuente usted por seguros...
con quince á veinte mil duros
creo tendremos bastante.

MAR. Gaste usted á su manera
y con toda libertad;
la responsabilidad
de usted no es la de un cualquiera.

FAC. Gracias; pero lo decia...

MAR. Usted allá: no me meto...
en consiguiendo el objeto...
vóime á la secretaría.

FAC. Para preparar...

MAR. Sí, sí,
cartas, crédito, la silla
de posta para Sevilla...
espéreme usted aqui;
dentro de poco los dos
nos volveremos á ver,
y usted tendrá en su poder
cuanto necesite.—A Dios.

FAC. A Dios, marques.

MAR. ¡Don Facundo!...
firmeza y no desmayar...
(*Retirándose.*)
(Esto se llama sacar
partido de todo el mundo.)

(*Al salir el marques se presenta en la puerta del fondo don Angel. Este le saluda reverentemente: aquel pasa por delante sin reparar en él. Don Facundo se recuesta en la butaca. Don Angel baja sin que este lo note, y se detiene cerca de él.*)

ESCENA VI.

DON FACUNDO. DON ANGEL.

ANG. (*Bajando.*)
¡Ni aun me ha conocido!...

FAC. ¡Bravo!
realizo cuanto soñé...
el momento en que aqui entré
adoro, bendigo, alabo.
¡Oh! ¡humanidad!... ¡Oh! ¡ignorancia!
¡qué tiempo para medrar!
¡lo que es saberse uno dar

en este mundo importancia!
En popa voy: al poder
está unido mi destino...
ya estoy en el buen camino...
ya todo lo puedo ser.
Acaso parecerá
que hay aqui exageracion...
pero no es una ilusion;
y sino el tiempo dirá.
Adonde yo planto el pie...

ANG. Pero hombre, ¿qué estás diciendo?

FAC. ¡Bribon!... ¿Me estabas oyendo?
siéntate y toma café.

ANG. ¿Aqui?... ¡yo!... ¡qué he de tomar!

FAC. Chico, te apuras por poco...
te traerán té...

ANG. ¡No! ¡tampoco!...

FAC. Pues dulces... voy á llamar...

ANG. (*Deteniéndolo.*) ¡No por Dios, desventurado!...
¿Me has dicho ven para esto?
¿Lo estás viendo? ya me he puesto
amarillo y colorado...

FAC. Angelillo... ¡qué pobre hombre
te ha hecho Dios!...

ANG. Pero si yo...

FAC. Mas, que tú quieras ó no,
serás feliz, tendrás nombre.

ANG. Facundo... ¡Por San Fabricio!...
me confundes, me encocoras...
mira que no sé á estas horas
á cuántas estás de juicio...
¿Me conoces? mira bien...
Soy Angel, tu antiguo amigo...
aquel que estudió contigo
en Granada y en Jaen...

FAC. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... en letras alli
detras de ti me dejastes;
pero en Madrid te quedastes
cien leguas detras de mí.

ANG. ¡Señor! Yo estoy aturdido...
por un lado me parece
que tu cabeza padece...

y por otro me decido
á creer que eres Belcebú,
que tu figura tomó...
¡Hombre!... dime, ¿eres tú ó yo
el loco?

FAC. Ni yo, ni tú.

ANG. ¿Qué no? en tan breves momentos
¿qué recursos se emplearon?...
¡Eh! ¡ya los tiempos se pasaron
de magias y encantamientos!

FAC. Eso es una parvedad.

ANG. ¿Qué? ¿Parvedad lo que pasa?
¿pues no estás en esta casa
como en la tuya?

FAC. Es verdad.

ANG. Y ¿no has hablado al marques
y á la baronesa... di,
cosa que no siempre aqui
se logra alcanzar?...

FAC. Eso es.

ANG. Y ¿cómo te la has compuesto?
en horas tú, y yo jamas
he conseguido...

FAC. Ahi verás...
mi prediccion...

ANG. ¡Bueno es esto!
Yo me quedo vizco y mudo
con sucesos tan atroces...
¡qué!... si es cosa de dar voces...

FAC. Habla bajo, ó te sacudo...

ANG. Lo que tú quieras haré,
porque estoy tan dado al diablo,
que ni sé lo que me hablo,
ni adónde estoy ahora en pie.

FAC. ¡Pobre Angel del alma mia!
¡tan sabito! tan honradote...
¡caminar te hacen al trote,
sin conocer tu valía!
Detras está el bien del mal,
chico, y tú tienes delante
el porvenir mas brillante
que tuvo ningun mortal.

ANG. Pues maldito si lo veo...
FAC. Serás feliz.
ANG. ¡Feliz yo!
¡Imposible!
FAC. ¿Cómo no?
ANG. ¡Es tanto lo que deseo!...
FAC. Pondré erguida tu cerviz:
serás rico; hombre de peso...
ANG. Pues no es bastante todo eso
para hacerme á mí feliz.
FAC. ¿Qué?
ANG. Como no hemos hablado,
y te he visto á ratos hoy,
tú, ni aun sospechas que estoy...
FAC. ¿Qué estás, hombre?
ANG. Enamorado.
FAC. ¡Cómo! deja que me asombre...
¡enamorado! ¡pamplina!
tus pasiones subordina
á la pasion de ser hombre.
No mires nunca hácia atrás;
al negocio derechito,
y no te se importe un pito
de nada, mientras á él vas.
ANG. Facundo... ¡no puede ser!
asi lo manda mi estrella...
¡es tan profunda la huella
que aqui estampó una muger!...
FAC. Y al estamparla te hundió...
vamos, te ruego que acabes:
esos amores ¿son graves?
¿hay ya compromisos?...
ANG. ¡No!...
FAC. ¡Voto á las almas sensibles!
¿con que nada? siendo asi,
¿habrá obstáculos?...
ANG. ¡Oh! sí;
¡obstáculos invencibles!
FAC. Pues yo los allanaré.
ANG. ¡Qué has de allanar!...
FAC. Yo me obligo...
ANG. Hombre, ¡no!

FAC. Cuando te digo...
¿quién es ella?
ANG. No lo sé...
FAC. ¡Toma! ¡toma!
ANG. ¿Quién remedia...
FAC. Pero si tú propio ignoras...
y ¿te vienes á estas horas
con amores de comedia?
ANG. ¿Qué quieres?
FAC. ¡Estamos bien!
ANG. ¡Es verdad!...
FAC. Pero ¡por Cristo!
al menos, ¿tú la habrás visto?
ANG. Eso sí, y la hablé tambien.
FAC. ¿Dónde?
ANG. Ha unas noches que fuí
á Villahermosa á las máscaras...
FAC. ¿Amores de baile? ¡cáscaras!
ANG. Amores de baile, sí.
Yo vagaba allí aburrido
entre la turba enfadosa,
cuando una voz armoniosa
y dulce llegó á mi oido.
Volvíme, está claro: hallé
que fija estaba delante
una máscara elegante,
y por recurso la hablé.
Luego, el brazo la ofrecí:
díjome que no podia...
y á poco yo no sabia
lo que pasaba por mí.
¡Ay, Facundo!... ¡qué discreta!...
¡qué ingenio!... ¡qué travesura!...
FAC. Pues, vieja...
ANG. Y ¡cuánta hermosura!
FAC. ¿A pesar de la careta?
ANG. ¡Va!... ¡qué careta!... hombre, no:
tanto rogué y supliqué,
que convencerla logré,
y al salir se la quitó.
Me dijo que volvería,
pero que no la siguiera:

bajó veloz la escalera...
y yo en pos: que la seguia
notó entre la confusion,
y en carruage... que era propio...

FAC. Se fue, dejándote el opio
metido en el corazon.

ANG. ¡Eso mismo!

FAC. ¡Bien estás!
¿Y su palabra cumplió
la desconocida?

ANG. ¡No!
¡Ay! ¡no la he vuelto á ver mas!

FAC. ¡Bien! treguas da á tu querella:
se buscará á la muchacha...
y en fin, si no tiene tacha
te casaremos con ella.

ANG. Pero, hombre, tú todo al punto
lo allanas y encuentras hecho...

FAC. Sí señor; porque derecho
siempre me voy al asunto.

ANG. Facundo, en tí todo ha sido
ofrecimiento hasta ahora;
mas ¿cuándo suena la hora
de realizar lo ofrecido?

FAC. ¡Hola! ¿tu impaciencia chilla?
Oye aqui, que es importante:
voy á salir al instante
en posta para Sevilla.

ANG. En posta... ¡tú!... ¿y á qué vas?

FAC. Despues: por mas que haga ruido...
tú nunca me has conocido
ni sabes quién soy, ¿estás?

ANG. ¿Con que yo...

FAC. Te escribiré
aun la menor circunstancia:
yo aqui sumas de importancia
á mis órdenes pondré.

ANG. ¿Quién dices que va á venir?

FAC. Hombre... cantidades gruesas...
sumas de varias empresas...
Los fondos van á subir...

ANG. ¿Los fondos?

FAC. Las elecciones
el gobierno ganará...
ANG. ¡Calle!...
FAC. ¡Pues!... y claro está...
ANG. ¡Uif! ¡Qué mar de confusiones!
FAC. Todo ello á nada te obliga.
ANG. Pero, en fin, yo ¿qué he de hacer,
Facundito?
FAC. Obedecer
cuanto desde allá te diga.
ANG. Yo supongo, y con razon,
que no hay dolo ni atropello...
FAC. ¡Qué!... si estan de acuerdo en ello
el gobierno y la nacion...
SOF. (*Dentro.*) Vamos pronto, baronesa,
que es muy tarde...
ANG. (*Sobresaltado.*) ¡Ay!
FAC. ¿Qué?
ANG. ¡Ay de mí!
¡Su voz!
FAC. ¿Qué voz?
ANG. ¡Está aqui!...
FAC. ¿Quién?... ¿tu máscara?
ANG. Pues... ¡esa!...
FAC. ¿Ella aqui?... ¿quién puede ser?
ANG. Es ella, si...
FAC. No, pues hoy...
ANG. Me va á dar algo... me voy...
FAC. Quieto aqui, déjame hacer...

ESCENA VII.

LA BARONESA. SOFÍA. DON FACUNDO. DON ANGEL.

SOF. (*Sorprendida al ver á don Angel.*)
¡Ah!
ANG. ¡Oh!
BAR. (*A Torrente.*) Amigo, ¿cómo, pues,
tan solo?...
FAC. (*Señalando á don Angel.*)
No, baronesa;
este jóven...
BAR. ¡Oh! Vinuesa...

á Dios.

ANG. Señora...

FAC. El marques
se fue á la secretaría:
va á volver: cuando salió,
este caballero entró;
de modo, que compañía
grata en ellos encontré.
Esta jóven tan hermosa...

ANG. (¡Cielos!)

FAC. ¿Acaso es la esposa
del señor?...

(*Don Angel queda desconcertado: quiere hablar y no puede.*)

SOF. ¡Jesus!...

BAR. No á fé...

FAC. ¡Ah!.. ¿no?...

ANG. (Si se abriera aqui
la tierra y me...)

BAR. No ha llegado
á tomar aun ese estado...

FAC. Perdone usted... Yo crei...
como no tengo el honor
de conocer á ninguno...
he pecado de importuno,
y á mas de calumniador.

BAR. Ligera inexactitud
que cualquiera... cosa es llana...
Esta jóven es hermana
del marques de la Salud.

FAC. ¡Como qué! ¿de nuestro amigo?...

ANG. (A Dios esperanza mia...)

FAC. ¿Del marques?... ¡quién lo diria!...
mi buena estrella bendigo,
y desde ahora á sus pies
me ofrezco, aunque aqui estrangero...

SOF. Gracias... ¿y este caballero
se puede saber quién es?

FAC. ¡Oh! por cosa tan sencilla
no es justo que se impaciente:
yo soy Facundo Torrente,
propietario de Sevilla.

ANG. (¡Embustero! ¡Trapalon!...)
FAC. Hombre que da en la simpleza
de hablar siempre con franqueza
á todos, sin distincion...
Suelen decir que deliro,
y que estravagante soy,
porque por el mundo voy
y á nada en el mundo aspiro.
Mas, dejando al que murmura,
desde hoy me tendrá usted por
respetuoso admirador
de su cumplida hermosura.
SOF. Es gran favor... aunque escluyo
las lisonjas de usted hoy.
FAC. Señorita, siempre doy
á cada cual lo que es suyo.
Yo tengo muy buena vista;
no me equivoco jamas
cuando juzgo, y ademas
soy tal cual fisonomista.
BAR. Perdone usted, porque hoy no
ha dado prueba marcada...
pues creyó que era casada...
FAC. ¿Y qué?
BAR. Que se equivocó.
FAC. Yo diré á usted, baronesa,
la razon en que fundé
mi dicho: al verlos noté
sobre sus frentes impresa
cierta segura señal
que en ambas fisonomías
descubre las simpatías...
SOF. (¡Cielos!)
ANG. ¡Yo muero!
FAC. (*Mirándolos.*) ¿Eh? ¿qué tal?...
Deje usted que me remita
á ellos mismos, y yo salgo
garante... Vamos, ¿no hay algo
de exactitud, señorita?
SOF. (*Turbada.*)
Yo... usted... no sé... por...
FAC. Yo espero

que usted no confesará...
(*A don Angel.*)
Pero usted tal vez será
mas franco... ¿y bien, caballero?

ANG. (*Aturdido.*)
Mas... ¿quién?... si yo... se interpreta...

BAR. (*Al notar la turbacion de ambos.*)
¡Ay!... los dos... ¡perfectamente!
¿Quién sabe, amigo Torrente,
si habrá sido usted profeta?

SOF. (*A la baronesa.*)
¡No!... mira... yo... (*Siguen aparte.*)

FAC. Cosa es esa
que aclarará el tiempo [illegible]. (Pasa á D. Angel.)

ANG. ¡Hum!... ¡maldito seas, amen!...

FAC. Mientras yo á la baronesa
entretengo con piropos,
hablad al alma los dos.

ANG. ¡Qué hablar, si estoy...

FAC. ¡Voto á bríos!...
hazlo, topo de los topos.

(*Pasa al lado de la baronesa: don Angel se acerca con timidez á Sofía.*)

Dejémoslos descansar,
y entre tanto usted reciba
el tributo...

BAR. A sonrojar
viene usted...

FAC. ¡Oh! no por cierto...
usted me ha favorecido...
(*Siguen aparte.*)

ANG. Yo... la culpa no he tenido;
no sé cómo ha descubierto...

SOF. Por usted.

ANG. ¡Por mí!

SOF. Eso es...
Usted habrá dicho...

ANG. ¡No!
¿Sobre qué pude hablar yo?
(*Siguen aparte.*)

FAC. ¿Y si interpreta el marques...

BAR. Poco me cuido en verdad

de sus interpretaciones:
soy dueña de mis acciones
por mi estado y calidad.
Creen que es otra cosa ahora
lo que fue y es solamente
una amistad inocente
de familia...

FAC. ¡Bien! señora...

BAR. Pero el Circo... (*Mirando el reloj.*)
¿Qué hora es?
¡Ay... ¡Sofía!...

SOF. ¿Baronesa?

BAR. Hola... ¿ya no tienes priesa?

SOF. La de siempre...

BAR. Vamos pues...
Si ustedes quieren honrar
nuestro palco...

FAC. A mí, señora,
imposible me es ahora
de todo punto gozar
tan distinguido favor:
sin embargo, iré despues,
porque ahora espero al marques...
Pero estando aqui el señor,
por él y por mí le ruego
que cumpla...

ANG. Yo... sí...

FAC. Es muy justo:
¿no es esto?

BAR. (*Con indiferencia.*)
Con mucho gusto.
(*Tomando el brazo de Sofía.*)
Vamos. Torrente... hasta luego.
(*Las señoras se dirigen al fondo.*)

FAC. (*Bajo á don Angel.*)
¡Bribon!... di que no me porto.

ANG. ¡Si está furiosa!...

FAC. ¡Mejor!...

ANG. ¡Qué ha de ser!...

FAC. Anda... ¡Valor!
Duro en ella... átala corto.
(*Lo empuja, y se va don Angel.*)

ESCENA VIII.

DON FACUNDO.

Ya lo ingerí... bien me encuentro:
una boda, una jugada
de bolsa, elecciones, nada,
intrigas... este es mi centro.
Para cada golpe un quite
prepararé con destreza...
no hay miedo que mi cabeza
se canse ni debilite.
¡Oh!... y si aqui me dan abasto,
les prometo que la palma...
está visto que mi alma
necesita de este pasto.
Para mí el mayor veneno
es la calma, la inaccion...
esta hermosa agitacion,
este tragin, es lo bueno.
Asi; yo buscaré modo
de que tantas cosas sueltas,
dándoles vueltas y vueltas,
vengan á formar un todo.
Y este todo que al presente
miro en lontananza allá...
la apoteosis será
de don Facundo Torrente.

ESCENA IX.

DON FACUNDO. ROMAN.

ROM. ¿Señor?...
FAC. ¿Quién es?
ROM. Para usía
este pliego...
FAC. ¿Para mí?
ROM. Lo trajo un portero...
FAC. Sí...
ya... de la secretaría...
¿Contestacion pide?

ROM. No;
apenas le vi la faz...
FAC. Bien, déjeme usted en paz.
ROM. ¡Oh!... Sí... Vóime... (Aun no olvidó...)

ESCENA X.

DON FACUNDO.

(*Abre el paquete, que contendrá varios pliegos.*)

Cartas... Esta es para mí...
la firma el señor marques...
(*Revisándola.*)
que asuntos de alto interes
le impiden volver aqui...
Me da facultad cumplida:
cartas... crédito... ¡friolera!
¿Personas?... las que yo quiera,
y á las doce la partida.
(*Recoge los papeles.*
Será: todo está en mi mano.
¡Ea, don Facundo! esto es hecho,
ya que salvaste el estrecho
lánzate en el Océano.
¡Sublime, imponente mar!...
Aunque hoy soberbio te ostentas,
no me asustan las tormentas
con que tendré que luchar.
¡Audacia pues y adelante!
no desmayar en la empresa...
Vamos á la baronesa
á dejar de buen talante...
Con genio y maravedís,
¿quién es quien la frente humilla?
¡Torrente!... en posta á Sevilla...
¡Ya se ha salvado el pais!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA. DOÑA EUFEMIA.

EUF. ¿Con que hoy se nos viene á casa
la señorita Sofía?
BAR. Asi encarecidamente
su hermano me lo suplica,
y voy por ella.
EUF. Bien hecho;
¿qué hace alli la pobrecita?
Sin tener con quien hablar,
todos hombres, ni una amiga...
en eso el señor marques,
aunque de nada se cuida,
á su hermana da una prueba
de cariño evidentísima.
BAR. No es eso, Eufemia, no es eso:
¡la condenada política!...
ese es el único móvil
que asi á proceder le obliga.
Ya le estorba hasta su hermana;
pues, le embaràza esa mínima
atencion; quiere entregarse
á su pasion favorita
esclusivamente...
EUF. Va:

en trepando hasta la silla,
todos iguales, señora;
todos, de todo se olvidan.

BAR. No hay mal que dure cien años.

EUF. Ni cuerpo que lo resista.

BAR. Puede ser que otra razon,
juntamente con la dicha,
al marques haya obligado
á tomar esa medida.
Ese jóven que aqui viene
de vez en cuando, delira
por la muchacha, está ciego;
con voluntad decidida
á todas partes la sigue...
y parece que la chica
le escucha con indulgencia...

EUF. ¡Qué!... Si es lo mas coquetilla...

BAR. Mas, sin embargo, el marques
habrá tenido noticia
del asunto...

EUF. Entiendo, entiendo;
estoy en toda la intriga.
El como hermano mayor
ejerce la tutoría
de la doncella: su dote
es inmenso: la legítima
no quiere soltar, y ha dicho:
ahi está mi buena amiga,
la señora baronesa;
ella guardará á la niña,
y la niña al mismo tiempo
será un perpetuo vijía
de la baronesa... y... ¡pues!
porque á mí nadie me quita
de la cabeza, que él tuvo
su poco de celosía
con el señor de Torrente.

BAR. ¡Qué disparate! ni pizca:
el marques es incapaz
de tener celos...

EUF. Usía
dirá todo lo que quiera;

mas cuando vuelva á esta villa
nuestro hombre, veremos quién
tuvo la nariz mas fina...

BAR. Eso lo veremos pronto...

EUF. ¡Pues qué! ¿vuelve?... ¿hubo noticia...

BAR. Ya está en Madrid; vino anoche.

EUF. ¿Anoche?... me maravilla
que no haya aqui tributado
de su arribo las primicias.

BAR. ¿Y por qué? ¿qué razon hay
para esa ofrenda...

EUF. Debia...

BAR. Bien: si durante mi ausencia
viniera á hacerme visita,
le direis que vuelvo al punto,
que si gusta...

ESCENA II.

LA BARONESA. DOÑA EUFEMIA. ROMAN.

ROM. La berlina
está enganchada.

BAR. Pues voy.
Eufemia, dile á esas chicas
que pongan pronto corriente
el camarin de Sofía.

EUF. Ya estan en esa faena,
y no las pierdo de vista.

ESCENA III.

DOÑA EUFEMIA. ROMAN.

ROM. ¿No se le ocurre á usted nada
que mandar? porque querria...

EUF. ¡Qué servicial está usted!
¿de cuándo acá?...

ROM. Mi escesiva
aficion á complacerla...
¿quién no se apresuraría
á obedecer sus mandatos,

señora, cuando los dicta
con tanta amabilidad...

EUF. ¿Se viene usted con pullitas?
Pues temprano...

ROM. ¡Dios me libre!
lejos de mí la malicia...
usted sabe que no soy
capaz...

EUF. Sí, sí; de maldita
la cosa buena...

ROM. Usted sabe
que mi genio...

EUF. ¡Mala avispa!...

ROM. Dígame usted, doña Eufemia;
hace una porcion de dias
que por aquí no parece
aquel señor... ¡voto á cribas!...
su nombre... aquel caballero...
¡oh!... ¡y era de campanillas!...
que hablaba alto, y regañaba...
el que vino de Sevilla...

EUF. ¿Quién, don Facundo Torrente?...

ROM. ¡Ese!... ¡Ese! ¿Qué repentina
desaparicion es esta?
Yo no sé; porque él venia
con la mayor libertad...
diga usted, ¿qué es de su vida?

EUF. Y á usted ¿qué le va ni viene,
seo curioson, estantigua?...

ROM. Reconocido al favor...
Yo, señora, lo decia
porque fue ese caballero,
y es aun, mi pesadilla.

(*Sale por la puerta del fondo don Facundo, y se adelanta sin que lo noten hasta colocarse entre los dos.*)

ESCENA IV.

DOÑA EUFEMIA. DON FACUNDO. ROMAN.

ROM. Figúrese usted si yo
le tendré poca ojeriza,

cuando aqui, sin mas ni mas,
en la primera entrevista
me llamó animal...

EUF. Esto es.

ROM. Y bribon, y sabandija...

EUF. Hizo bien...

ROM. Repito gracias...
es cosa muy divertida
el tal señor de Torrente:
cada vez que me veia...
(*Dando la espalda á don Facundo.*)
¡Animal! largo de aqui.
(*Se vuelve, y se halla con él cara á cara.*)
¡Bribon!!... ¡Animas benditas!!

EUF. ¡Calle!... ¿por aqui otra vez?

FAC. Otra vez.

EUF. Celebro...

ROM. (*Frotándose las manos.*) ¡Viva!...

FAC. ¿Estaba el señor portero
haciendo mi apología?

ROM. Yo... señor... lo que es ahora...
recordaba con delicia
su franqueza y buen humor...
y... celebraba...

EUF. Mentira.

ROM. (¡Ham!... ¡qué empeño de muger!
me va á perder esta víbora.)

FAC. ¿Con que estas ausencias son
las que le merezco...

ROM. (*Con grande embarazo.*) Usía...
como ignora... ya se ve,
se ha presentado en la crítica
ocasion...

EUF. ¡Ja!... ¡ja!...

ROM. ¿Se rie
usted?

EUF. ¡Ja! ¡ja!...

ROM. Pues maldita
la gracia que me...

FAC. ¡Ja!... ¡ja!...

ROM. ¿Aqui tambien? ya varía...
(Escurramos pronto el bulto...)

¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... echémoslo á risa...
está visto que no puedo...
perfectamente... ¡que siga!...
¡Allá voy!... sin duda estan
llamando en la portería...
(*Vase precipitadamente por el fondo.*)

ESCENA V.

DOÑA EUFEMIA. DON FACUNDO.

EUF. Como perro con cencerro
va el pobre...
FAC. ¡Qué tontería!...
Como si yo descendiera
hasta una cosa tan frívola...
poco me cuido, señora,
de que hable la gentecilla,
cuando personas sensatas
como usted, me hacen justicia.
EUF. Bien lo puede usted jurar:
y usted tiene en mí...
FAC. Una amiga...
EUF. Es demasiado, señor...
su servidora humildísima.
FAC. ¡Oh!... ¡nunca!... aunque nos aleje
la posicion respectiva,
nuestra amistad, doña Eufemia,
es sagrada por lo antigua.
¿Ha olvidado usted los tiempos
de la infancia de mi vida?...
¡qué tiempos!... ¡dichosa edad!...
¿se acuerda usted de cuando iba
á ver al comendador,
que todo lo revolvia?...
EUF. Sí, sí... (de nada me acuerdo.)
FAC. Y que usted, grita y mas grita
detras de mí, y yo saltando
alborotaba y reía...
y acababa usted por darme...
EUF. ¿De pescozones?...
FAC. No, almibar.

EUF. Es verdad... (Pues ni por esas;
es mucha memoria mia...)
FAC. ¡Caramba!... lo que recuerdo,
lo que nunca se me olvida,
es que era usted la muger
mas hermosa de Sevilla.
EUF. ¡Oh! sí...
FAC. Y usted se conserva...
EUF. Recuerdo que...
FAC. Y todavía,
sobre poco mas ó menos,
dirán que es usted la misma.
EUF. Pero ¿cómo tiene usted,
señor, tanta retentiva...
FAC. ¿Cómo olvidar lo que un tiempo...
¡Vaya si era usted bonita!...
EUF. Favor... (Cómo se conoce
á la gente bien nacida...)
FAC. (Ya, con lo dicho, por mí
se dejará quemar viva.)
EUF. Y ¿cómo ha dejado usted
por allá á su señoría?...
FAC. ¿A quién?
EUF. Al comendador;
me amaba como á una hija.
FAC. Ps... ¿qué quiere usted?... el pobre
ha pasado á mejor vida...
EUF. ¡Cómo!?...
FAC. Nada, ¡que murió!...
EUF. ¿Que murió? ¡Vírgen Santísima!...
y ¿asi me lo dice usted...
FAC. ¡Pues qué! ¿Usted no lo sabia?
EUF. No señor...
FAC. ¡Va!... Yo creí...
¡Por eso con tanta prisa
he vuelto allá!... me llamó,
y sin escusar fatiga,
he logrado acompañarle
en su postrimero dia.
EUF. ¡Pobre señor!...
FAC. Ciertamente
que ha sido una gran desdicha...

pero murió en toda regla...

EUF. ¡Infeliz!... ¿quién me diria
que tan pronto...

FAC. Noventa años...
no era una edad muy crecida...

EUF. Perdone usted que le deje...
esta terrible noticia
me aflige, y el corazon
desahogarse necesita.
La señora baronesa
me dijo...

FAC. Cuando venia
la encontré, y hemos hablado...
Vaya usted, alma espansiva:
vaya usted, y allá á sus solas
tributo en lágrimas rinda
á la memoria del muerto...
que tanto la quiso en vida.

EUF. (*Retirándose.*)
Sí señor...

FAC. Llore con fé,
y llore usted por los dos,
señora...

ESCENA VI.

DON FACUNDO.

¡Gracias á Dios
que de ella al fin me libré!
(*Paseándose.*)
Y es muy natural... ¡oh!... sí:
está en el orden que llore;
pero que no me encocore
con sus lágrimas aqui.
Luego... aunque somos de barro...
no sé... entre esta agitacion
se me ha puesto el corazon
tan duro como un guijarro...
Y no estoy para llorar
las pesadumbres agenas,
ni aun las mias... pues apenas

tenemos en que pensar.
Facundo, vamos á ver:
qué tal, dime, ¿has trabajado?...
sí señor; se ha aprovechado
el tiempo á mas no poder.
Se ha manejado á la gente;
cálculos, combinaciones
se han hecho, y las elecciones
que no hay que pedir; corriente.
Por acá... vamos con tiento;
la suerte me ha protegido
como allá, porque han subido
los fondos un diez por ciento.
Doce millones de reales
en treses mandé tomar;
con que he venido á sacar
millon y pico... ¡cabales!...
Sesenta mil duros son;
con ellos cuento seguro:
por lo tanto, me apresuro
á entrar en liquidacion.
Que suban mas no es posible;
con que á la baja, sin miedo
sacar otro tanto puedo...
esto es exacto, infalible...
Y héme aqui, sin duda alguna,
con sesenta mil en caja,
y otros sesenta á la baja...
ciento y veinte... ya es fortuna:
vamos, aliviar mis males
puedo ya... y tener blasones...
efectivo: dos millones,
y cuatrocientos mil reales.
Ya soy alguien; represento
algo ya en la sociedad:
seré notabilidad...
ya podré tener talento.
¡Magnífico!... asi va el mundo...
¡pues!... dirá al oirme la gente...
«¡Muy bien... señor de Torrente!...
¡qué sabio es el don Facundo!»
¿Quién hoy, sino los pobretes,

se atreve el cuezo á asomar
á la calle, sin llevar
medio millon en billetes?
¡Ninguno! ¡Viva el que venza!
no tener hoy, cerca ó lejos,
cuatro ó cinco milloncejos,
es una mala vergüenza.
Adelante... y cierro el pico;
que yo á mas de cuatro, luego
enseñaré haciendo fuego,
la manera de ser rico.
Pero antes fuerza será,
para que esto se complete,
que vacile el gabinete...
y... de hecho ¡vacilará!
Angelillo que es tan recto
me puede servir de mucho:
sin que él lo sepa... y si lucho
con tino... logro el efecto.
No parece por aqui...
¿qué diablos le habrá pasado?
¿cuánto va á que está asustado
con las nuevas que le dí?
Ya se ve, no es maravilla:
él que en nada sale ni entra,
sin saber cómo, hoy se encuentra
diputado por Sevilla.
¡Ahi es nada para él!...
¡De la gloria en el camino!...
Si lo dije, le destino
para hacer un gran papel;
pero á la verdad, querria...
(*Aparece don Angel en la parte del fondo.*)
¡Vaya!... por fin aqui está...
gracias al cielo que ya
da audiencia vueseñoría.

ESCENA VII.

DON FACUNDO. DON ANGEL.

ANG. Chico... tengo calentura,

y toda la noche he estado
dando vueltas, desvelado...
esto parará en locura.

C. Hombre... ¿qué te desveló?
¿qué cosa puede en el mundo...

G. ¿Yo diputado, Facundo?...
¡Cielo santo! ¡qué he hecho yo!

C. ¿Con escrúpulos de monja
te vienes?...

G. ¡Qué!... si me espanto...

C. Pues ¿qué?... ¿no vales tú tanto...

G. Eso es amistad, lisonja...
¿Qué he hecho yo para ejercer
un cargo tan respetable?
¿En qué me he hecho notable?
¿Cómo es que he llegado á ser
por tal provincia elegido,
cuando nada hice en su pró,
ni nada allí tengo yo
ni en ella soy conocido?
¿Es esto cosa de juego?
¿Así se nombra á un cualquiera,
á fin de que en la primera
ocasion los venda luego?
Cuando me escuchen hablar,
creerán que hago un entremés
por hablar solo; y despues,
¿cómo me podré acercar
sin miedo, sin turbacion,
hasta el trono de mis reyes?
¿Quién soy yo para dar leyes
á toda una gran nacion?

C. Mira... si vas á seguir,
me voy: como de eso trates...
me harás decir disparates,
y no los quiero decir.
Es cierto que nada en pró
has hecho, y te han elegido;
que allí no eres conocido...
pero te conozco yo.
Y yo por lo mismo sé,
que en medio de tu indigencia,

tienes honradez y ciencia,
valor, entusiasmo y fé.
Estas prendas de presente,
que despues acrecerás,
no lo dudes, valen mas
que el mejor antecedente.
Porque otros en la estacada,
aunque son hombres muy cuerdos,
con sus gloriosos recuerdos
se duermen y no hacen nada.
Pero tú que despojado
de pomposa fama estás,
con fuerza trabajarás,
serás útil al Estado;
la juventud, de tu ardor
tambien henchirá su seno...
todo lo grande y lo bueno
en tí tendrá un defensor.
¿Y quién sabe si algun dia,
en premio á tu noble afan,
tu nombre bendecirán
en toda la monarquía?

ANG. Eso es bello... pero es sueño:
ya siento arder mi cabeza...
mas para tanta grandeza,
Facundo, soy muy pequeño.

FAC. ¡Angel!... lánzate á través
de esta lucha con prudencia;
oye solo á tu conciencia...
y ya hablaremos despues.
Ya se ve; tú acostumbrado
á vivir en un rincon,
sin conocer la ambicion...
te encuentras acoquinado.
Mas cuando cojas laureles,
y conozcas el terreno,
verás de frente, sereno,
despojado de oropeles,
á lo que te hace hoy el bú,
y te pone ahora en un potro...
pues mejor que este ó el otro
¡chico!... siempre lo harás tú.

Con que nada, se acabó:
á ser un hombre cumplido...
mas ¡qué diablos! ponte erguido,
erguido, asi... como yo.
Que haya cierta dignidad
en la persona y sus modos,
para que convengan todos
con que hay superioridad.

C. ¡Hombre!... deja... ¡qué capricho!
cuando me encuentro... harto haré
si me sostengo de pie...
desde allá nada me has dicho,
de manera que yo aqui
estaba tan descuidado,
que esta nueva me ha dejado...

C. Quise hacerlo, y preferí
pillarte desprevenido:
¿para qué? ¡buena molestia!
conociendo tu modestia
era trabajo perdido
consultar, y dije, no;
salgamos con la demanda,
que si él se cierra á la banda,
sabré convencerle yo.

G. Si, pero me has colocado,
obrando tan de improviso,
en un grave compromiso.
¿Por ventura has olvidado
que el marques de la Salud
es hermano de Sofía?

C. Pero ¿sigue todavía
tu amante y tierna inquietud?

G. Como nunca, con mas fuego:
ya no es tan cruel ni ingrata;
y aunque ando á salto de mata,
oye con gusto mi ruego.
Con el gobierno á la vez
me es imposible votar...
con que aqui hay que renunciar
á mi amor ó á mi honradez.

C. A la honradez, al amor...
¿á afecciones tan hermosas?

¡qué disparate!... ambas cosas
son compatibles, señor.
Para evitar el asedio,
ya encontraremos un modo...
no te apures, para todo
hay en el mundo remedio.
Vamos á ver, ¿el ministro
te conoce?

ANG. ¡Qué sé yo...
de vista: de nombre, no.

FAC. Pues sal tú por el registro
de pedirle hoy muy formal
á su hermana para esposa.

ANG. ¡Jesus! hombre...

FAC. ¿Dónde hay cosa
mas justa y mas natural?

ANG. ¡Me la negará al instante!...

FAC. Claro está; lo sabrá ella,
y á los ojos de tu bella
te haces mas interesante.
No admite esto discusion,
pues cada dia sucede...
tú no sabes lo que puede
contrariada una pasion.
Tú ignoras la brevedad
con que rinden su poder,
cuando ellas nos ven hacer
la víctima...

ANG. Sí, es verdad...

FAC. Y en fin, chico, cuando luego
desarrolles tus recursos
y se aplaudan tus discursos...
será añadir leña al fuego.
Verá, siguiendo tu huella,
que eres profundo, elocuente,
hombre probo, independiente,
y por tanto, digno de ella.
Lo contrario, sé muy serio;
te ve en la ruda contienda
siguiendo torpe la senda
que te trace el ministerio,
mezclado entre aduladores...

porque la harás esclamar
«ese es un hombre vulgar
indigno de mis favores.»

ANG. ¡Oh!... ¡jamas con tal borron
verá manchada mi frente!...

FAC. Si, lo sé... ¡Vaya!... es corriente;
tú eres todo corazon.
(*Ruido de un carruage.*)
¡Hola!... ya la baronesa
está en casa.

ANG. Pues me iré...

FAC. ¡Nada!... ¡ánimo!... que yo haré
que favorezca tu empresa.

ANG. Pero ¿y si...

FAC. Yo tengo un plan...
(*Mirando á fuera por la puerta del fondo.*)
¡Qué miro!... ¿tambien tu bella...

ANG. ¿Cómo?...

FAC. Que viene con ella
Sofía... chito, aqui estan.

ESCENA VIII.

LA BARONESA. SOFÍA. DON FACUNDO. DON ANGEL.

BAR. ¿Tanto bueno por aqui?
señor viajero...

FAC. Saluda
á ustedes, quien aunque viaja
no puede olvidarlas nunca.

BAR. Eso si, siempre galante;
jamas le faltan disculpas
para quedar en buen puesto...

FAC. Señora... ¿de qué me acusan?

BAR. De nada, amigo, de nada:
al fin, no he sido la última
que aqui le ha visto, y no es poco...

FAC. Mia siempre es la ventura;
anoche llegué: la hora
me pareció algo importuna
para turbar el reposo
de esta mansion tan augusta;

por tanto, hasta hoy dilaté
el goce de tal fortuna.

BAR. La amistad que le tenemos
hace que en quejas prorumpa...

FAC. Pues bien, baronesa, amiga,
hoy hago formal renuncia
á todo Madrid; y á usted,
si mi oferta no rehusa,
me dedico todo el dia...

BAR. ¡Bravo!... no hay cosa mas justa.

FAC. ¿Y esta señorita...

BAR. Amigo,
se salió usted con la suya...

FAC. ¿Cómo?...

SOF. ¡Baronesa!

BAR. (*Señalando á Sofía y á don Angel.*)
¡Pues!...

FAC. ¡Ah! ya recuerdo... se turban...

ANG. (Ya empezamos...)

FAC. (*A Sofía.*) Es inútil
que usted de rubor se cubra,
señorita: las pasiones
no pueden estar ocultas
mucho tiempo: mis señales
son siempre exactas, seguras...
¡diablos! ¡y esto va de vuelo!...
esto parará en coyunda...

ANG. Ruego á usted...

FAC. No, amigo mio;
no admito ruegos ni súplicas...
Yo soy el defensor nato
de todas las aventuras,
y de todas las pasiones
ya separadas ó juntas...

SOF. (¡Qué calor!...)

FAC. Y me parece
que el uno y el otro luchan
con obstáculos... ¿no es esto?

BAR. Torrente... usted nos asusta...
¡Si parece usted zahori!...

FAC. ¿Los hay?... ¡Pobres criaturas!
Me declaro protector

de la mas honesta y pura
de las pasiones... (*A la baronesa.*) Y usted
conmigo.

BAR. ¡Yo!

FAC. ¿Quién lo duda?
Combinemos nuestras fuerzas
y hagamos desde la altura
fiera guerra á los tiranos
de amor, hasta que sucumban.

BAR. ¡Oh!... no puedo; es imposible
que yo mis fuerzas reuna
á las de usted: yo seria
en ese caso perjura.

FAC. ¿Usted?

BAR. Estoy obligada
á tenerla aqui reclusa,
y á impedir...

FAC. Alcanza usted
aun sobrada hermosura,
y es jóven para ocuparse
de gabelas tan menudas.
¡Oh!... ya supongo que es broma...
¡pobres chicos!... ¡tal clausura!...
ustedes tendrán que hablar
y hacerse varias preguntas...
Eso está muy en el orden;
hablen, pues, que nadie escucha.
Venga usté acá, baronesa:
tengo que decirle muchas,
muchas cosas...

BAR. Cuidadito,
niños...

ANG. ¡Señora! ¿usted duda...
(*Hablan en dos grupos.*)

SOF. ¡Qué singular es este hombre...
¡Jesus!... me tiene confusa,
y con las cosas que dice
me deja atónita, muda...
¿Cómo es posible que vea
lo que en el alma se oculta?
y sin embargo... hasta ahora...

ANG. Porque está dotado de una

perspicacia sin igual...
su observacion es profunda.
(Estoy engañando á este angel:
¡torpe de mí...)

SOF. Pero en suma...
¿es suficiente todo eso
para que al punto descubra...
Vinuesa... ¿usté no le ha dicho...

ANG. ¿Yo, Sofía!... usted se burla.
¿Cree usted que yo soy capaz
de semejante locura?
(¡Soy un miserable, un pícaro!...)

SOF. Usted no estrañe mis dudas,
porque estas revelaciones
entre ustedes se acostumbran...
Por fin, su apoyo nos da;
menos mal...

ANG. Si él nos ayuda...

SOF. Siento que haya usted venido
aqui con tanta premura:
si el marques se presentara...
ya ve usted, él tiene alguna
sospecha, y no nos conviene
que por ahora trasluzca...

ANG. Sofía, dentro de poco,
en mi destino y fortuna
se va á operar un gran cambio;
y ó bien la suerte me encumbra
á la esfera que ambiciono,
ó para siempre me hurta
mis risueñas esperanzas
y en el polvo me derrumba.
Por lo tanto estoy resuelto...
(*Siguen aparte.*)

BAR. ¡Ja!... ¡ja! ¡ja!... usted se apresura...
Cuidado que el buen piloto
debe de observar la brújula...

FAC. Sí, pero habiendo bonanza
y un horizonte sin brumas,
dejar se puede á la nave
que cruce el mar á su anchura...

BAR. Segun...

FAC. (Esta lo que quiere
es darle celos, en suma,
al marques conmigo, á fin
de atraerle... ¡lo que estudian!)
Por eso, señora, yo,
francamente y con holgura...

(*Siguen aparte. Sale el marques y se detiene en el centro de la escena contemplando á los dos grupos.*)

ESCENA IX.

LA BARONESA. SOFÍA. DON FACUNDO. DON ANGEL. EL MARQUES.

MAR. ¡Mi hermana!... ¡La baronesa!...
cada cual... ¡no me disgusta!...
muy lejos estaba yo...
¡Bien, señores!...

FAC. (¡Aleluya!)

BAR. A Dios, marques...

SOF. (¡Nos pilló!...)

MAR. Perdónenme que interrumpa...
Siento mucho...

BAR. No por cierto...

FAC. (¡Hola!... ¿viene echando pullas?...
pues metámoslo á barato...)
Marques, ¡mucho se madruga
para acostarse tan tarde...
(*A la baronesa.*)
Deseo ver esa gruta
que en el jardin tiene usted.
En Italia he visto algunas,
y tengo aqui dos millones
de grutas y casas rústicas.
(*A Sofía.*)
¿Usted vendrá, señorita,
á aumentar con su hermosura
la brillantez del jardin?...
Muy bien; tomemos la ruta...
(*A don Angel.*)
(Con él te quedas; ¡valor!...
á pedirla, y no te aturdas...)
(*Llevándose á las señoras.*)

Marques... no se vaya usted
sin que hablemos de la junta...

ESCENA X.

DON ANGEL. EL MARQUES.

ANG. (¡Qué apuro!)
MAR. (Se va con ellas...
y con tivieza me habló
la baronesa... no, no;
yo debo seguir sus huellas...)
ANG. (Yo hablara... pero hoy es martes...)
MAR. (Mas... este jóven ¿quién es?
¿quién es, que desde hace un mes
lo encuentro por todas partes?
¿No es este el que pretendia...
y ¿se habrá atrevido ¡cielo!
á levantar tanto el vuelo
que aspire á amar á Sofía?)
ANG. (Me mira... ¡resolucion!
pronto de dudas saldré.)
MAR. (¡Oh!... yo desvaneceré
los sueños de su ambicion.)
LOS DOS. Caballero...
MAR. Bueno, siga...
ANG. Antes... ¡no señor! no es justo...
MAR. Pues bien; yo, con mucho gusto.
¿Podré esperar que me diga
por qué razon, con qué objeto
de la noche á la mañana
es la sombra de mi hermana?
ANG. Digna de todo respeto
es, á mi modo de ver,
ese pregunta, señor:
por tanto, aunque con temor...
la voy á satisfaccer.
Está la ventura mia,
mi porvenir, mi esperanza
y cuanto la mente alcanza...
cifrado todo en Sofía.
Mi pasion raya en locura,
mi dicha en ella se encierra,

y por nada de la tierra
renunciaré á su hermosura.
Por eso estoy donde está:
por eso al cielo bendigo;
por eso... loco la sigo
adonde quiera que va.
Noble soy desde la cuna,
porque en buen solar nací;
pero jamas recibí
lisonjas de la fortuna...
Por esto al señor marques
no declaré mi fatiga;
mas ya que hoy á hablar me obliga,
nada oculto, y hablo pues.

MAR. Jóven... ¡Chistosa aventura!
bien su pasion ha pintado,
pero la ha calificado
con propiedad... de locura.
Huya usted de los estremos
que llevan al precipicio...
Cuando tenga usted mas juicio
vuélvase usted... y hablaremos.

ANG. ¡Señor marques! tal baldon
mi calidad no consiente:
eso es burlarse altamente
de la mas pura pasion...

MAR. Nada, nada de furores:
calme usté el que le enagena;
no hagamos aqui una escena
de romancescos amores.
La noble y rica virtud
por quien tanto usted se afana,
no olvide usted que es la hermana
del marques de la Salud.
Busque usted para alcanzar
la posesion de su bella,
títulos que con los de ella
los pueda usted comparar.
Y cuando haya conseguido
todos los que apetecemos...
veremos luego, veremos...
entre tanto... hemos concluido.

ANG. Está bien: yo buscaré
esos títulos tan bellos,
ó en la demanda sin ellos
para siempre me hundiré.

(*Vase precipitadamente por el fondo, donde se encuentra con D. Facundo.*)

ESCENA XI.

DON FACUNDO. EL MARQUES.

FAC. ¡Eh! Don Angel...
ANG. ¡Don Demonio!... (*Vase.*)
FAC. ¡Oh!... como el paso le impidan...
¿Qué hay, pues?
MAR. Nada, que ese quidam
se ha atrevido en matrimonio
pedir á mi hermana aqui...
FAC. Bien: ¿y qué? nada me asusta...
MAR. ¿Y qué? ¡Vaya!... pues me gusta.
FAC. ¿Le habrá usted dicho que sí?...
MAR. ¿Cómo sí?... Se la he negado:
si ese pobre está demente...
me he burlado largamente
de su amor desatinado...
FAC. Hombre... ¿por qué tan cruel?...
MAR. ¡Yo cruel!...
FAC. ¡Vaya!... ¿pues no?
MAR. ¿Olvida usted quién soy yo?
FAC. ¿Y olvida usted quién es él?
MAR. ¡El!...
FAC. Sí.
MAR. ¿Qué he de olvidar?
¿Por ventura yo he sabido
jamas quién es, ni qué ha sido?
FAC. ¡Qué es lo que llego á escuchar!
El alma se queda absorta...
¿Usté ignoraba... ha negado,
y de su amor se ha burlado?...
MAR. Todo eso; pero... ¿qué importa...
FAC. ¡Nada! un naufragio en la orilla...
MAR. Mas ¿quién es?...
FAC. ¡A Dios, empresa!...
MAR. ¿Quién es!

FAC. Don Angel Vinuesa,
diputado por Sevilla.
MAR. ¡Qué dice usted... diputado!...
FAC. Hombre tenaz, insurgente...
MAR. ¡Qué diablo!... y usted, Torrente...
¿cómo antes no me ha enterado?...
FAC. Si le dí á usted... ¡estoy frito!
anoche una lista impresa...
MAR. (*La saca.*) Aqui está...
FAC. Vea usted, Vinuesa,
véalo usted, el primerito.
MAR. Mas yo ignoraba en rigor...
FAC. Yo creí que usted sabia
sus amores con Sofía...
y escusé... ¡qué horror!... ¡qué horror!...
MAR. ¡Por vida!... ¿por qué nombrar
hizo á un hombre tan funesto?
FAC. ¿Y quién es el que ese puesto
mejor que él puede ocupar?
¿Quién, dije, aqui sin reparo,
podrá apoyar al gobierno
mas que un individuo interno
de su familia? está claro.
En todo esto, á la verdad,
hay lógica, señor mio;
con que, por tanto, desvío
la responsabilidad...
MAR. ¿Y qué hacemos?
FAC. ¿Qué sé yo?...
es un conflicto, un apuro...
el otro es un hombre duro...
y el proyecto fracasó.
Ya ve usted, una friolera
si se llega á complicar...
Marques, aqui hay que soltar
ó la hermana ó la cartera.
MAR. ¡Oh!... á ninguna de las dos.
FAC. Vinuesa es hombre de fueros...
si se van sus compañeros
cuando él vote de él en pos,
¿qué hará usted...
MAR. ¡Yo no lo sé!

¡Maldita casualidad...
¡es mucha fatalidad!...

FAC. ¿Pero en fin...

MAR. Lo pensaré...
Con todo un infierno lucho...
A Dios, luego nos veremos.

FAC. A Dios, marques; ya hablaremos...
pero piénselo usted mucho.

ESCENA XII.

DON FACUNDO.

¡Oh!... por mucho que te afanes,
lo pienses y desmenuces,
¡pobre marques! no te luces
echando abajo mis planes.
Todos van por buen camino:
se realizan mis desvelos...
con su hermana, con sus celos,
y con Angel, perdió el tino.
El lance mucho le apura:
perderán la votacion...
habrá despues dimision...
y en tanto *baja* segura.
Y yo que no soy apático,
sabré el lance aprovechar...
esto no puede fallar,
es cálculo matemático.
¡Oh!... Si me otorgas, Señor,
con ámplia mano riqueza...
nadie aqui con mas largueza
sabrá emplearla, y mejor.
Tú ayudas al que se ayuda...
pues vamos con eficacia
á dar el golpe de gracia...
que por de pronto, y sin duda,
veré en mis arcas... ¡cabales!
divididos en montones...
efectivo: dos millones,
y cuatrocientos mil reales.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA. DOÑA EUFEMIA.

BAR. Hoy no viene por aqui
nadie...
EUF. (*Saliendo por el foro.*)
¡Señora... señora!
BAR. ¿Qué hay, Eufemia?... ¿qué sucede?
EUF. Muy malas nuevas: Montoya,
el mayordomo del duque
del Valle de Cuevas-Hondas,
ha estado en la portería
y ha dado noticias gordas...
BAR. Y ¿qué dijo?
EUF. Yo no sé
si tendré presente todas
las circunstancias... venia
con otras varias personas
de las cortes, donde ha habido
una sesion borrascosa.
El por qué de la cuestion
no recuerdo; mas ¿qué importa?
ello es lo cierto, que ha sido
aquello una Babilonia.
Parece que un diputado
por Sevilla, que se nombra...

BAR. ¿Vinuesa, tal vez?
EUF. El mismo.
Usía, entonces, no ignora...
BAR. Sí, todo; pero yo cuento
con razones poderosas...
EUF. ¿Le conoce usía?
BAR. ¡Vaya!
¿no quieres que le conozca?
si es el novio de Sofía.
EUF. ¡Quién! ¿don Angel? ¡Santa Mónica!
pues que renuncie, porque hoy
ha hecho un pan como una torta.
BAR. Pero, vamos; sepa yo...
EUF. Se trataba de una cosa
de interes: el ministerio
la apoyaba á toda costa,
y ya se lisonjeaba
de alzarse con la victoria,
cuando hé aqui que ese jóven
pide la palabra en contra,
se la dan, y les pronuncia
un discurso de dos horas.
BAR. ¡Calle!...
EUF. Por primera vez,
dicen que en aquellas bóvedas
sonaba su voz: al pronto
le escucharon con muy poca
atencion, pero despues
ha presentado tal copia
de verdades y razones
con tan cumplida oratoria,
que entre ¡bravos! y entre aplausos,
y estrépito y batahola,
el gabinete ha sufrido
una completa derrota.
BAR. ¿Y el marques?...
EUF. Yo no lo sé...
BAR. ¡Oh!... me llenas de zozobra...
EUF. Dicen que hay agitacion,
que las gentes se amontonan...
BAR. ¡Dios mio! que vaya alguno
á buscarle, á ver si logra

dar con él, y que se informe
de si algun riesgo le acosa...

EUF. Al punto.—¡Roman! ¡Roman!

ESCENA II.

LA BARONESA. DOÑA EUFEMIA. ROMAN.

ROM. (*Saliendo.*) Voy, señora...

EUF. Por la posta
vaya usted al ministerio.

BAR. Y á las cortes sin demora.

EUF. Y á palacio...

BAR. Y á la casa
del marques; pero con pronta
diligencia lo has de hacer,
y en nombre mio te informa
de si se encuentra seguro;
que se guarde y no se esponga:
dile que si algun peligro
amenaza á su persona,
que venga aqui, que esta casa
le servirá de custodia...
¡corre! y la vuelta al momento.

ROM. (¡Dios me dé su santa gloria!)

ESCENA III.

LA BARONESA. DOÑA EUFEMIA.

EUF. ¡Muy bien, señora, muy bien!
siempre noble y bienhechora...

BAR. No en la dicha, en la desgracia,
cuando esta es mas cruda y honda,
es donde se prueba el temple
de las almas generosas.
Que nada sepa Sofía.

EUF. Quiera Dios, porque Isidora,
su camarera, conmigo
escuchó toda la historia,
y puede ser que indiscreta
le haya contado á estas horas...

voy á ver, por si aun es tiempo
de que eche un punto á la boca...
(*Se retira por el foro, y sale Sofía por la izquierd*

ESCENA IV.

LA BARONESA. SOFÍA.

SOF. ¡Baronesa!... ¿tú no sabes?...
BAR. Sí, todo, todo lo sé;
mas no te asustes, porque...
los hechos no son tan graves.
SOF. ¡Ay!... yo temo la osadía
de la muchedumbre loca...
BAR. Los cuentos, de boca en boca
se abultan mucho, Sofía.
Ha venido exagerada
esa noticia, ten juicio;
un poco de rebullicio,
cuatro voces, despues... nada.
SOF. Y el marques ¿dónde estará?...
BAR. Seguro: ya le he enviado
á Roman con un recado,
y en volver no tardará.
SOF. Mal haya su inclinacion
al mando... no le conviene...
BAR. Querida, esas quiebras tiene
esa clase de ambicion.
Mil veces cuando le vi
que de todo se olvidaba
y en la lucha se empeñaba...
mil veces se lo advertí.
porque aunque muger, yo sé
que, por trato y esperiencia,
tengo algo de inteligencia
en ello, y no le engañé.
«Marques, para gobernar
de un modo estable y seguro
sin esponer el futuro,
es necesario contar
con el voto halagador
de los pueblos agobiados:

déles usted resultados,
ellos le darán amor.
Nunca interes personal
en tanta altura le ciegue...
solo con afan se entregue
á la dicha general.
No favorezca á este bando
mas que á el otro en su gobierno,
porque lo que le hace eterno
y recomendable al mando,
es ver que hay fuerza y pericia,
y que con iguales modos
hay galardon para todos,
hay para todos justicia.»
Esto, con toda conciencia,
á tu hermano repetí;
pero... se riyó de mí...
ahi tiene la consecuencia.
Es verdad...
Y no es decir
esto, que él en el poder
haya, por solo querer,
dado á nadie que sentir.
Todo esto en él es ageno,
y con ninguno le igualo:
es que no ha hecho nada malo...
es que no ha hecho nada bueno.
Tienes razon, baronesa:
yo... no estoy muy enterada...
pero siento...
Eso no es nada...

ESCENA V.

LA BARONESA. SOFÍA. DOÑA EUFEMIA.

El caballero Vinuesa
licencia pide...
¡Ay de mí!...
Jóven de tanto talento
nos honra mucho... al momento...
¿Puede pasar?

BAR. ¡Oh!... sí, sí...
(*Vase doña Eufemia.*)
Demos rostro á la tormenta.
SOF. Y... ¿recibirle debemos?
BAR. ¿Y por qué no? ya veremos
del modo que se presenta...
Nadie mejor que él podrá
darnos nuevas del marques...
oigámoslo, que despues
le diremos... aqui está.

ESCENA VI.

LA BARONESA. SOFÍA. DON ANGEL.

ANG. Señoras...
BAR. Muy bien venido.
ANG. Por última vez me lanzó...
á saludarlas...
BAR. No alcanzó...
¿Cómo es que tan abatido
viene el ilustre doncel,
cuando hoy esa frente erguida
mostrar debiera, ceñida
con el cívico laurel?
ANG. Señora... este abatimiento
no procede, aunque me vence,
de nada que me avergüence
ni cause remordimiento.
Yo sé que en esta ocasion
que el cielo me ha presentado,
he cumplido como honrado...
buena ha sido mi intencion.
Y si el debate que fue
mil veces se renovara...
otras tantas me portara
del modo que me porté.
Pero ¿esta sola es razon
para aliviar mi dolencia?...
tranquila está mi conciencia...
pero no mi corazon.
No señora, no lo está;

porque al comun beneficio
que hacer tuve un sacrificio...
que nadie comprenderá.
Pues no olvidé en mi fervor,
cuando estaba alli abogando...
¡ay!... que estaba asesinando
al mismo tiempo á mi amor.
Que á la vez que conseguia
un triunfo que no anhelaba...
para siempre se alejaba
la pobre esperanza mia.
Y esto dobla mi dolor,
pues á un tiempo vengo á ser
esclavo de mi deber,
y víctima de mi amor.
Por eso aqui he parecido
despues de lo que ha pasado...
satisfecho con lo obrado,
y con lo obrado... abatido.
ıR. Es preciso declarar
que usted ha cumplido bien...
¡oh!... yo comprendo tambien
esa lucha singular.
Este lance en posicion
muy triste, á fé, le coloca...
vea usted lo que le toca
hacer en esta ocasion.
Llevado por su honradez,
se enredó en una madeja
que de su pasion le aleja
y para siempre... tal vez.
Y digo, tal vez, aqui,
porque yo en todo confio...
pues; en todo, amigo mio;
da el tiempo mucho de sí.
Entre tanto la razon
en usted debe triunfar...
y aqui no hay mas que esperar,
y calma, y resignacion.
Nada de accesos de loco:
usted cuenta, aunque se apura,
con una conciencia pura,

y esto, en el dia, no es poco.
Con que nada; conformarse,
que nadie sabe despues
lo que vendrá... y ahora es
lo demas mortificarse.

ANG. Señora, eso mismo ha sido
lo que me alentó, y confieso
que solamente por eso
ante ustedes he venido.
Pues con afan anhelé
que no dudaran de mí;
que al separarme de aqui...
no ignoraran el por qué.
Perdonen mi impertinencia,
pasar no quise por reo...
mas ya que, como deseo,
juzgan bien á mi conciencia...
aunque atormentado esté,
aunque de eterna ansiedad
me nutra en la soledad...
señoras, me alejaré.
Mi existencia y mi agonía
soportaré resignado:
si caigo al fin abrumado,
no será la culpa mia.
A Dios... á Dios, baronesa:
Sofía... á Dios...

(*Sofía, que durante esta escena habrá estado pensativa, se cubre en este momento el rostro con el pañuelo.*)

¡Ay!... ¡señora!...
¿no está usted viendo que llora?...

BAR. (¡Pobres muchachos!)

SOF. (*Secando sus lágrimas rápidamente dice con dignidad.*) ¡Vinuesa!
cuanto usted ha hablado aqui
con atencion escuché:
me sonrojaba... y callé;
pero ahora me toca á mí.
Usted venció mis enojos,
y lágrimas me ha arrancado,
cuando aun ninguno ha logrado
verlas brillar en mis ojos.

Y no por favor lo vendo;
todo esto poco valdrá...
pero á entender le dará
que su amargura comprendo.

IG. ¡Oh!... sí...

IF. Pues bien: no hay manera
de calmar angustia tanta:
entre los dos se levanta
hoy una doble barrera
que es imposible asaltar.
Suceda lo que suceda,
otro remedio no queda
mas que sufrir y esperar.
Pues cuando se vive amando,
amar se puede sin ver
al objeto... soy muger,
bastante digo callando.

IG. ¡Ay!... aunque herida mayor
me causaran mis espinas...
esas palabras divinas
me dieran fuerza y valor.
Sofía, no volveré
á buscar de hoy mas su lado:
la senda que me he trazado
con rectitud seguiré.
Mas do quiera en mi afliccion
marque mi cansada huella,
llevaré esa imagen bella
grabada en mi corazon.

ESCENA VII.

LA BARONESA. SOFÍA.

IR. Da rienda suelta, Sofía,
á tu espíritu afligido.

IF. Hasta ahora no he conocido
lo mucho que le queria.

IR. Y haces bien, porque en rigor,
no obstante el inconveniente,
él en el caso presente
es muy digno de tu amor.

SOF. ¿Quién, baronesa, ¡ay de mi!
en un tiempo me diría
que la orgullosa Sofía
se hubiera de ver asi?

BAR. Pues aun puede tu dolor
ser mas grave, mas profundo...
¿tú no sabes que en el mundo
no hay burlas con el amor?
Ya se ve, de varios modos
el amor te ha sonreido...
á todos los has oido,
y te has burlado de todos.
Confiada en tu beldad,
cuanto has querido has logrado;
y todo se ha prosternado
á tu sola voluntad.
Pero á lo mejor plantó
un obstáculo el destino
en medio de tu camino...
y tu pasion se irritó.
¿No es esto? como por juego
vistes á Vinuesa... ahora
hondamente te devora
de amor el ardiente fuego,
y si á su llama seguir
la dejas en tu quebranto,
puede crecer tanto y tanto...
que te llegue á consumir.
Tú no sabes lo que avanza...
un poco de sangre fria...
ten calma, por Dios, Sofía,
y no pierdas la esperanza.

SOF. ¡Oh!... sí, sí... tienes razon:
no encuentro á mi pena igual...
mas hoy debe cada cual
cumplir con su obligacion.

ESCENA VIII.

LA BARONESA. SOFÍA. ROMAN.

BAR. ¿Y bien? ¿le has visto?

ROM. Le vi:

no estaba de buen talante;
mas me dijo, que al instante
vendrá á saludarla aqui,
y á rendir gracias á usía
por su cumplido interes...

BAR. Está seguro el marques.
¿Te preguntó por Sofía?

ROM. No señora.

BAR. Vete ya.

ESCENA IX.

LA BARONESA. SOFÍA.

SOF. Furioso estará conmigo...

BAR. Nada importa: yo me obligo
á hablarle, y se calmará.

SOF. Lo dudo... tal vez aqui
querrá vengar, baronesa,
el ultraje de Vinuesa,
y si en él no puede, en mí.

BAR. Aturdida estás.

SOF. Sí estoy.

BAR. No es tu hermano tan cruel...

SOF. Alguien viene... ¿será él?...
ganemos tiempo... me voy.

(*Vase por la izquierda, y sale don Facundo por el foro.*)

ESCENA X.

LA BARONESA. DON FACUNDO.

BAR. ¡Ah! ¡Torrente!... á buena hora
se le ocurre venir... cuando
nos estamos aqui ahogando...

FAC. ¿Pues qué sucede, señora?
De ahogos no hay que tratar;
¡disparate!... nadar sé,
y adonde quiera que esté
ninguno se puede ahogar.

BAR. Pues ¿no sabe usted el lance
que en las cortes ha pasado?

FAC. Sí señora, he presenciado
sobre el terreno el percance...
BAR. Pues figúrese usted si
ese imprevisto turbion,
quebranto y agitacion
habrá producido aqui.
FAC. No me pude figurar
toda la... agitacion esa,
porque el turbion, baronesa,
era cosa de esperar.
BAR. Nosotras no...
FAC. Ustedes no,
mas yo estaba prevenido
para lo que ha sucedido,
y nada me sorprendió...
BAR. Pero, vamos; cuente, cuente
lo que pasó y pasa...
FAC. Nada,
señora; que entusiasmada
estuvo un poco la gente
con la oracion distinguida
que Vinuesa pronunció;
que el gabinete cayó...
y que otro vendrá en seguida.
Pero el héroe, baronesa,
que de laurel se ha ceñido
en esta jornada, ha sido
nuestro don Angel Vinuesa.
¡Qué muchacho! ¡qué talento!
si usted le hubiera escuchado...
¡qué imágenes!... ¡qué inspirado
estuvo en aquel momento!...
Su tono sentimental,
la modesta compostura
de su elegante figura
le dieron realce tal
alli á su peroracion,
que público y diputados
saludaron fascinados
al moderno Ciceron.
¡Oh! á ese chico le prometo
que hará muy pronto fortuna:

nadie alcanzó en la tribuna...
nadie, un triunfo mas completo...
Pues si usted le hubiera visto
como yo le he visto aqui...
Pues ¿cómo? ¿ya ha estado?...
Sí.
Por supuesto, alegre, listo...
No por cierto, no señor;
afligido...
Mal se aviene...
y ¿por qué?
Ya ve usted, tiene
que renunciar á su amor.
¡El, renunciar...
Eso es:
con tan imprevisto lance,
yo dudo que se afiance
la paz entre él y el marques.
¡Eh!... todo eso se concilia...
¿qué tiene que ver ahora
lo que ha pasado, señora,
con un caso de familia?
Es verdad que hoy al poder
con valentía afrontó;
pero al hacerlo, creyó
que llenaba su deber.
Muy bueno que en la azarosa
discusion trascendental,
dé su opinion cada cual;
pero afuera, es otra cosa.
Ademas, que si despues
él no le hubiera escudado,
hubieran apedreado
á la salida al marques.
¡De veras!...
¡Oh!... ¡por supuesto!
mas Vinuesa se portó,
porque no le abandonó
hasta dejarle en buen puesto.
Sabe usted que en nuestra edad
esto no siempre sucede,
y á la verdad, no se puede

proceder con mas lealtad.
El chico, su pabellon
muy bien puesto lo ha dejado:
el marques, desengañado,
ya estendió su dimision;
quedando en estos momentos
cada uno en su lugar,
por lo que deben de estar
unos y otros muy contentos.

BAR. Pues á mi modo de ver,
no lo comprende él asi,
porque ha salido de aqui
para nunca mas volver.

FAC. ¡Cómo se entiende...

BAR. Sofía,
llorando por otro lado...
¡qué rato, amigo, me han dado!

FAC. ¡Llorando!...

BAR. Yo no sabia
qué hacerme, ni qué decirles
sin inclinar la balanza...
por fin, alguna esperanza
he conseguido infundirles...

FAC. ¡Voto al chápiro!... No sé...
¡Oh! pues si en cólera monto...
no... déjeme usted, que pronto
yo todo lo arreglaré.
(*Buscando su sombrero.*)
No verse nunca, jamas...
y llorar como chiquillos
uno y otro... ¡pobrecillos!
¡pues no nos faltaba mas!

BAR. ¿Adónde va usted?

FAC. ¡Por él!
quitaré estorbos de enmedio...
ó voy á hacer, sin remedio,
de la corte otra Babel.

ESCENA XI.

LA BARONESA.

¡Qué loco es este Torrente!

bien le cuadra el apellido...
Torrente; y embravecido
de asoladora corriente.
Y lo echará por delante...
si el marques lo llega á ver,
¡de esta casa van á hacer
otro campo de Agramante!...
Y se van á ver... ¡preciso!
si me ha enviado á decir
que al momento va á venir...
¡pues no es malo el compromiso!
Mas por todo esto, á mi ver,
yo me apuro demasiado:
en último resultado
¿qué les puede suceder?
Aqui espondrá su razon
con mesura cada cual...
este es un campo neutral
y de libre discusion...
Y si media en la porfía
Torrente, tal vez aplaque
el enojo... y tal vez saque
la mejor parte Sofía.
¿La llamo?... no; si despues
se trueca el gozo en dolor...
que ignore será mejor,
hasta adquirir... ¡ah! ¿quién es?

ESCENA XII.

LA BARONESA. EL MARQUES.

R. Saluda á usted, baronesa,
todo un ministro cesante.
R. Señor marques, adelante...
á la verdad, no me pesa
que con ese buen humor
se deje usted ahora ver.
R. ¿Buen humor?
R. Al parecer...
R. Pues, nada; no es el mejor.
Aunque me ria, y por mas

que haga el divertido ahora...
nada, no es cierto, señora;
estoy dado á Barrabás.

BAR. Mal hecho: cuando un fracaso
imprevisto, incalculable,
llega á ser irremediable,
lo mejor es no hacer caso.

MAR. Muy cierto; verdad, señora;
¿quién lo duda? mejor es...
pero eso para despues,
porque está tan fresca ahora
la catástrofe, que ciego
de enojo estoy todavía.

BAR. Pues yo no me apuraria
por tal cosa ahora ni luego.
Porque usted, á la verdad,
ahi se está mortificando...
de la política, el mando
¿tiene usted necesidad?
¿No es colosal su fortuna?
y ¿no está usted colocado
en un puesto aventajado
por lo ilustre de su cuna?
¡Oh!... pues mas vale en lo interno,
marques, sin pasar vigilia,
ser buen gefe de familia,
que mediano del gobierno.

MAR. ¡Escelente consejera!
si yo la hubiera escuchado
á usted, no hubiera pasado
esta borrasca tan fiera.
Pero en tanto desconcierto,
aplacada ya mi sed,
á usted vuelvo, porque usted
de mi esperanza es el puerto.
Yo espero que en mi desgracia...

BAR. Me place lo que le escucho;
pero le ha de costar mucho
que yo le vuelva á mi gracia.

MAR. ¡Qué cruel!

BAR. Y con razon.

MAR. Señora... ¿cuál?

BAR. ¿Ha olvidado
que no ha mucho ha postergado
mi cariño á su ambicion?
MAR. ¡Qué calumnia!
BAR. Hasta el presente,
¿por dicha ha tenido usté
aqui mas amor ni fé,
que el ministerio y Torrente?
MAR. ¡Torrente!... ¡nombre fatal!...
que no resuene en mi oido...
¡él es el que me ha metido
en este berenjenal!
BAR. Pues... ¿cómo?
MAR. He sabido ahora
quién es; se aclaró mi vista...
¡es el mayor tramoyista
que hay en la tierra, señora!
BAR. ¡El!
MAR. Sí tal: mas le perdono
por lo atrevido y lo osado...
¡oh!... el talento que ha mostrado
le hacen digno hasta de un trono.
¿Recuerda usted la bambolla
con que aqui se presentó?
¿la influencia de que habló?...
¡Baronesa... todo embrolla!
BAR. ¿De veras?
MAR. Es un muchacho
de genio y de buena cuna,
que le ha dado á su fortuna
buen aire y mejor despacho.
La carta que trajo aquí,
le abrió la puerta al momento:
como la echó de opulento...
francamente, lo crei.
Hablamos... me fascinó...
tuvimos esplicaciones...
y en fin, de las elecciones
de Sevilla se encargó.
Le abrí un crédito: á su modo
con mi dinero las hizo;
pero no se satisfizo,

porque á la bolsa con todo
el resto aqui se lanzó:
subió el papel de repente,
de modo que el tal Torrente,
rico en horas se encontró.
Pero pronto se le acaba
la dicha; porque en bajar
da el papel, y él á quedar
vuelve otra vez como estaba.
Gracias que cuando ha subido,
mi crécito solventó
al momento, que sino,
queda á estas horas perdido.
¿No es chistoso el incidente?
lo guardaré en la memoria...
aqui tiene usted la historia
de don Facundo Torrente.

BAR. Pues, mire usté, es singular...

MAR. ¡Vaya si es! ¡una friolera!
¡Oh! no lo hace eso un cualquiera;
Torrente es hombre sin par.
Pues digo, ¿y el diputado
que fue á nombrar? ese es otro...
seamos francos... en un potro
nos puso... bien se ha vengado.

BAR. ¿Quién, Vinuesa?

MAR. ¿Quién creería
que tan jóven... ya se ve,
como antes le desairé
en la cuestion de Sofía...
Me la guardó, sí señor;
y en cuanto llegó la suya...

BAR. Perdone usted que le arguya...
está usted en un error.
Vinuesa no ha procedido
á impulso de su despecho:
no, lo mismo hubiera hecho
si antes no hubiera existido
aqui esa desavenencia:
él tiene en mucho á su nombre,
es justo, y en fin, es hombre
de rectitud, de conciencia.

Y ¿cómo sabe usted eso?
Aqui estuvo, apesarado
con el triunfo y abrumado
debajo de tanto peso.
Dice que ha cumplido fiel...
¡Oh!... eso sí; mucho, ha cumplido,
y, á mas, sino hubiera sido
á la salida por él,
en aquella oleada inmensa
el pobre marques perece.
Vamos, y eso ¿no merece
una noble recompensa?
¿Qué me quiere usted decir?
Que yo los enlazaría...
porque sino, con Sofía
va usté á tener que sentir.
¿Que sentir?
Sí tal, marques:
los ha unido ya su estrella;
él se muestra digno de ella,
y lo será mas despues.
Y usted que jamas el daño
de ningun ser ha querido,
que hoy, por dicha, ha conseguido
un completo desengaño...
No oyendo á su corazon,
¿condenará si le imploran
á dos seres que se adoran
á eterna separacion?
Con que ¿está encalabrinada
la niña...
Cabal, eso es:
¿á qué negarlo, marques?
está muy enamorada.
Ruego á usted, señora mia,
que la haga venir aqui...
¿Por qué no? al momento, si...
del cordon de la campanilla, y se presenta en el
o Roman, á quien dice:)
La señorita Sofía
que venga al instante acá.
(*Vase Roman por la izquierda.*)

La llamo en la inteligencia
de que en esta conferencia
usted no la afligirá...

MAR. Yo...

BAR. Una razon positiva
deme usted...

MAR. Allá, despues...

BAR. Cuidado, señor marques,
que yo soy muy vengativa.
Aqui la tiene usted ya.

ESCENA XIII.

LA BARONESA. SOFÍA. EL MARQUES.

MAR. ¡Hola!... ¡hola!... ¿se ha llorado?
¡bueno!... ¿usted se ha revelado?
Acérquese usted acá.
¿Con que aqui no hay remision?
¿con qué usted, la dolorida,
tambien está decidida
á hacerme la oposicion?
¿Con que sin contar conmigo,
usted con su amor se lanza,
y sin mas, hace alianza
con mi mayor enemigo?

SOF. Yo...

BAR. ¡Marques!...

MAR. Voy á acabar...
¡oh! la idea me enfurece...
y esto castigo merece,
pero un castigo ejemplar.

(*Don Facundo y don Angel aparecen en el foro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

LA BARONESA. SOFÍA. DON FACUNDO. DON ANGEL. EL MARQUES.

FAC. Entra, hombre... (*Empujando á don Angel.*)

MAR. ¿Qué es eso?

SOF. (¡Ah!)

FAC. . . . . Nada;
aqui tiene usted á don...
MAR. Sí, sí... llega en ocasion
muy oportuna, me agrada...
que se haga presente aqui,
ya que hoy por primera vez,
y con rara intrepidez,
probó sus armas en mí.
Y de tan buen temple son
que han caido á sus furores
los antiguos vencedores
ante el nuevo campeon.
Pero si usted me permite,
calculo que será bueno
que al verle en otro terreno
ahora yo tome el desquite.
De alcanzar venganza fiera
nunca perdí la esperanza:
quiero pues tomar venganza...
venganza... de esta manera.
(*Enlaza las manos de Sofía y don Angel.*)
ANG. ¡Ah! ¡marques!...
SOF. ¡Estoy soñando!...
BAR. ¡Magnífico!... usted, marques,
se porta como quien es.
FAC. Ya lo estaba yo esperando...
MAR. No sé qué mas me demande,
cuando á mi hermana le doy.
FAC. Señor marques, desde hoy
principia usted á ser grande.
MAR. Y á usted, ¿qué tal va de asedio...
dicen que el papel bajó...
¿eh?... ¿la baja le pilló?...
FAC. Sí señor, de medio á medio.
MAR. ¡Por vida!... con que la caja
¿se quedó sin numerario?
FAC. ¡Qué!... no señor; al contrario,
si ahora jugaba á la baja.
MAR. Hombre... ¡por Dios!... á no verlo...
FAC. Cuando subia, acerté;
la bajada adiviné...
lo demas es no entenderlo.

MAR. El diablo es usted...
FAC. Tal cual.
MAR. Y yo le juzgué arruinado
con la baja...
FAC. He triplicado
con la baja mi caudal.
MAR. ¿No se iba usted á París
y á Londres?... Llegó la hora...
FAC. Sí tal, marques; pero ahora
me establezco en mi país.
MAR. Pues hombre, ¿dónde triunfar
mejor y con mas grandeza...
FAC. Es que aqui hice mi riqueza,
y aqui la quiero gastar.
Cuando nada poseia,
pensé ir allá... guerra á darles;
pero hoy, no iré yo á llevarles
lo que es de la patria mia.
Yo no he pensado jamas
ser rico por egoismo...
¡no! primero que en mí mismo
he pensado en los demas.
Porque aqui dentro tambien
con honda pena he sentido
las veces que no he podido
hacer en el mundo bien.
Y al ver en la sociedad
los Cresos que pululaban,
y que sus rentas gastaban
con tan poca utilidad,
he dicho: rico seré;
y lo dije, y dicho y hecho:
yo de gastar con provecho
ejemplo á todos daré.
MAR. ¡Bien! Torrente, usted se porta...
mas curando agenos males,
va usté á gastar sus caudales...
FAC. Señor marques... ¿y qué importa?
Quien sin nada vino acá,
y tan pronto hizo carrera,
mas caudales cuando quiera
buscarlos, encontrará.